EL LIBRO DE LAS NIÑAS

COMPUESTO EXPRESAMENTE

PARA LECTURA DE LAS URUGUAYAS

POR



PRIMERA EDICION

MONTEVIDEO
IMPRENTA «EL SIGLO ILUSTRADO», DE TURENNE, VARZI Y C.ª
CALLE URUGUAY, NÚMERO 324
1891

EL LIBRO DE LAS NIÑAS

PARTE PRIMERA

I

Dios

Dios es el autor de todo lo creado.—Dios nos dió el ser.—A Dios debemos la vida, y cuanto tenemos y gozamos.—Adoremos á Dios.

Dios está presente en todas partes y á toda hora, aunque es invisible á nuestros ojos. Dios penetra nuestro corazon, conoce nuestras intenciones, sabe lo que pensamos, y ni el más ligero de nuestros pensamientos, ni la más oculta de nuestras acciones escapa á su penetracion.

Vivimos y nos alimentamos por su bondad infinita. — Demos gracias á él.—Gracias al Creador amoroso que nos da la vida en todos los instantes, y nos la conserva por su divina y sabia Providencia.

Dios quiere que seamos buenos; que amemos á nuestros padres; que quiéramos á nuestros hermanos; que sobrellevemos con paciencia las penas, los dolores, las adversidades de la vida; que perdonemos los agravios y las ofensas; que ganemos el pan con el trabajo honrado; que no hagamos mal á nadie, que tengamos lástima del desgraciado, y caridad con el pobre. Debemos hacer lo que nos manda Dios en su santa ley, para merecer su divina gracia.

Invoquemos el nombre de Dios en todas nuestras buenas obras. Confiemos en su misericordia infinita en todas las situaciones de la vida.

Yo lo invoco tambien al abordar la confeccion de este pobre libro, para que me guie é ilumine, á fin de que pueda ser de alguna utilidad á las niñas estudiosas de mi Patria, que son él alba de otros días, destinadas por su saber y virtudes á ornamentar la sociedad á que pertenecen.

No sé si alcanzaré en él á realizar el difícil precepto del poeta latino: mezclar lo útil á lo agradable; pero ese es mi deseo, con el favor de Dios.

II

La Creacion

Dios creó el mundo en el espacio de seis días,

con la eficacia de su divina palabra y de su voluntad, descansando el séptimo. — Así nos lo dice la Historia Sagrada.

En el primero, creó la luz.

En el segundo, el firmamento.

En el tercero, separó las aguas de la tierra, haciéndola productiva.

En el cuarto, creó los cuerpos luminosos.

En el quinto y sexto, creó los animales y el hombre.

En el séptimo descansó.

Dios formó al hombre á su imágen y semejanza.

El primer hombre se llamó Adan.

Dios le dió por compañera una mujer, que formó de una de sus costillas, y se llamó Eva.

Dióles cuerpo y alma, y los puso en el paraíso terrenal, que era un jardin delicioso.

Por eso decimos, que el hombre como la mujer, descienden de Adan y Eva, los primeros padres de la humanidad.

III

La niña buena

Carolina era una niña muy buena, y querida por eso de todos.

Era dócil y obediente, al revéz de la hermanita que no hacía caso á nadie, teniendo siempre á su mamá disgustada.

En el hogar de la familia era un ángel, sin dejar de ser alegre y juguetonsita. Cariñosa con todos, y sumisa, jamás dió motivo á ser reprendida.

Su buen corazon le inclinaba siempre al bien. Amorosa con sus hermanitos, compartía con ellos cuanto tenía; dulces, frutas, juguetes y vintenes, cuando se los daba el papá para pastillas ó caramelos, ó alguna otra persona amiga.

Tenía compasion de los pobres, y cuando sentía que iba alguno á pedir limosna á su casa, corría presurosa á buscar en su cajita algun vinten de los que guardaba para dárselo.

Una vez se presentó una cieguita conducida de la mano por una pobre anciana á pedir limosna. Carolina no tenía ese día ningun vinten para darle, y se puso triste al ver que no podía realizar lo que su buen corazon deseaba. Pero se acordó en aquel momento que conservaba una medalla de plata que había ganado de premio en los exámenes del *Colegio Uruguayo,* donde se educaba, conjuntamente con Ana Pereira y Magdalena Villegas, y pensó en que podía servirle á la cieguita para venderla como chafalonía y sacar algun real para pan.

—¿Quieres, mamá, le dijo á su madre, que le dé mi medalla de plata á la pobrecita ciega de limosna, para que la venda para ella?—No tengo otra cosa que darle.

—No hijita, le responde la mamá, no quiero que te prives de tu medalla. Te daré con qué cumplir tu buen deseo. Toma esta monedita (sacándola de la cartera) y dásela de limosna, aunque ya le he dado dos reales.

Carolina la tomó contenta, y corrió al zaguan á dársela á la cieguita.

¡Qué bella accion!—Dios se lo pague, niña, díjole la viejesita que acompañaba á la ciega.

— Venga todos los sábados, le contestó Carolina, que mamá le dará limosna, y yo tambien de lo que tenga.

Asi deben ser las niñas. Buenas con todos, y compasivas con los pobres.

III

Amor filial

Paulina era una jóven de 20 años, de familia pobre. Su madre era una señora enferma y viuda, con tres hijas menores. Paulina trabajaba constantemente como aparadora para ganar el sus-

tento, sostener á su pobre madre y á sus hermanitas chicas. Su vivienda era decente, pero no se ocultaba que allí se sufría miseria, pues no poseían más recursos que el producto del trabajo diario de Paulina.

Así pasaron algun tiempo, hasta que la madre quedó completamente inutilizada para poder prestar sus cuidados maternales á las pequeñas, mientras Paulina se contraía al trabajo, para proveer á la subsistencia de todas. La madre quedó paralítica y enteramente imposibilitada para moverse.

Desde entonces Paulina se halló sola para todo el quehacer de la casa, asistir á su madre, cuidar de sus hermanitas, y sobre todo, teniendo que trabajar sin descanso para la manutencion de todas. El día y la noche los empleaba en el trabajo y en prestar sus cuidados personales á la enferma.

Ajena á toda otra aspiracion que no fuese el cumplimiento del deber que se había impuesto, como buena hija, pasó su juventud en una labor constante, luchando con la indigencia y compartiendo su pan y sus cuidados con su madre postrada y sus hermanitas menores.

Al fin, tras tantas fatigas, la pobre y virtuosa Paulina cayó enferma. Lo pesado de la máquina de aparar en que trabajaba, le produjo una grave enfermedad, impidiéndole continuar en sus tareas.

¡Cuánto no sufriría su espíritu, ante tanto infortunio! Sin amparo, ¡qué iba á ser de aquella pobre familia faltándole hasta el débil apoyo de Paulina!

La abnegacion y el cariño con que se había sacrificado por su madre, y lo triste y acervo de su situacion, atrajó sobre ella el socorro providencial de una buena alma, de una matrona caritativa que llegó á saberlo con ocasion de investigar la existencia de personas de ejemplar virtud de su sexo, dignas del premio anual de la Sociedad de Beneficencia.

Sin conocerla, fué á visitarla, la socorrió y alentó en su infortunio. Hizo más: tratándose de repartir premios á la virtud, por su intermedio se acordó á Paulina el premio discernido al *Amor filial*; se le costeó la asistencia médica, y se promovió una colecta entre algunas personas benéficas, con que se le socorrió piadosamente.

Con esos auxilios recuperó Paulina la salud, y pudo ser útil todavía á su anciana madre, y hermanitas, bendiciendo á la Providencia y á sus bienhechoras de la Sociedad de Beneficencia.

Ejemplos como éste se ven muchos en el mundo; y muchos se han ofrecido y ofrecen en nuestra sociedad frecuentemente.—Fuera de los centros de poblacion es donde existirán sin ser notados. ¡Cuántos no pasarán inapercibidos en la soledad del campo, en la pobre choza de familias infor-

tunadas, donde la virtud resignada y sufrida en medio de la oscuridad y la miseria, vive ignorada de las gentes!

Las que sois hijas, inspiraos siempre en esos buenos ejemplos del amor filial, si algun día, por desgracia, llegaseis á veros en la situacion angustiosa de Paulina, ú otra semejante.

IV

La jóven ahorrativa

Residía en la Villa de la Union, una pobre y honrada familia. Matilde pertenecía á ella, siendo la mayor de las hijas, jóven muy laboriosa y ahorrativa. Su madre era viuda de un antiguo militar, que gozaba de una corta pension del Estado, que apenas le alcanzaba para subvenir con escasez á lo más preciso de la subsistencia de la familia.

Matilde trabajaba afanosa para ganar con qué ayudar á su madre á la manutencion y pago del alquiler de casa. Se dedicaba á la costura, cosiendo para una fábrica de camisas en la ciudad, á donde tenía que venir á buscar y traer las costuras concluidas.

Cuando éstas le faltaban, se ocupaba en hacer

trabajos de crochet para venderlos, ó en algun planchado que se le proporcionaba, que le produjeran algunos reales.

Destinaba lo más del producto de sus labores, á la ayuda de la manutencion de la casa, privándose gustosa de emplearlo en adornos de sí propia, ahorrando cuanto podía, para guardarlo.

Matilde, jóven sencilla, y tan modesta como hacendosa y económica, prefería ahorrar todo lo posible, en vez de gastar en superfluidades. Bastábale tener lo muy necesario para presentarse con sencillez y decencia, sin vanas ostentaciones. No participaba del prurito de otras, inclinadas á querer aparecer con trajes sobresalientes, rico sombrero, lujoso botin, aunque no lo permitan sus facultades ó las de sus padres.

Sus ahorros los iba guardando con reserva en una alcancía, en la que llegó á reunir insensiblemente una cantidad regular de dinero.

Pero vino un tiempo de crísis, en que la falta absoluta del pago de la corta pension que percibía su madre, y la suma escasez de costuras y de otros arbitrios para adquirir el pan, las redujeron á una situacion tan tirante, que carecían de medios para atender á las necesidades del sustento, y al pago del alquiler de casa, cuyo dueño exigía el desalojo de la que ocupaban.

En situacion tan angustiosa en que tanto se lamentaba la madre, su buena Matilde fué su consuelo, poniendo á provecho el fruto de sus ahorros. Abrió su alcancía y contando contenta el dinero que había logrado reunir con sus economías, díjole alegremente—«Aquí tenemos con qué ir haciendo frente á las necesidades, y pagar la casa hasta que las circunstancias mejoren.»

Una lágrima deslizóse de los ojos de la madre, producida por la alegría. Los ahorros de Matilde veníanle á servir de recurso eficaz en su situacion aflijente, volviendo la tranquilidad á su espíritu.

Si Matilde no hubiese sido ahorrativa y previsora, no habría tenido con qué remediar las necesidades presentes, y la satisfaccion de realizarlo.—Consecuencia dulce y feliz de haber sido ahorrativa.

V

Amor á la Patria

Debemos amar mucho á la Patria donde nacimos y nos formamos.

La Patria es la madre comun de todos sus hijos, hombres y mujeres, niñas y niños, que tuvieron su cuna bajo su cielo, participando de sus penas

y alegrías. La nuestra es la República Oriental del Uruguay, á la que debemos cariño y amor intenso.

Queriéndola como se quiere á una madre, debemos interesarnos siempre en su felicidad y en su gloria.

Debemos propender á serle útiles, para servirla y honrarla. Y para poderle ser útil es menester, desde la niñez, cultivar el campo de la virtud, del saber y del trabajo. A eso conduce la educacion moral é intelectual que nos dan nuestros buenos padres, y que se adquiere con la aplicacion y el estudio en el colegio.

Esto decía una señorita ayudante muy formal, en hora de recreo á las de su clase.—Oíalo la Maestra, institutriz experimentada y Oriental, y aproximándose á ellas, les dijo: — «Así es, en efecto; el amor á la Patria no es exclusivo del hombre. Tambien debe tenerlo la mujer, palpitando su corazon por la dulce Patria.—Sacerdotiza del hogar, debe sentirlo acendrado, haciendo de él un culto, para saber inspirarlo á sus hijos desde temprana edad.»

«La mujer virtuosa, inteligente y laboriosa, honra á su Patria, á la familia y á sí propia. Aspirar á serlo, es acreditar amor á la Patria. ¡Cuán bella aparece una niña, ó una jóven, en esas nobles condiciones!»

«La niña de hoy que se forma en el regazo de la familia, y en las bancas del colegio, mañana, con la edad, llegará á ser esposa y madre, llamada á ejercer las delicadas y santas funciones de la madre de familia, en el cariño, en el cuidado y en la formacion de los seres que le rodean, inoculando en ellos el amor á la Patria.»

«Por consiguiente, todo cuanto pueda contribuir al bien de su país, nunca debe serle indiferente; porque la ventura y la prosperidad de la Patria, se impone á sus sentimientos patrióticos, y entra, naturalmente, en sus más nobles deseos y aspiraciones.»

«Obedeciendo á esos sentimientos, la mujer Oriental, en la época de la lucha de la Independencia, llevó abnegada y entusiasta, el concurso de su influjo, de sus bienes de fortuna y de sus servicios en cuanto era compatible con su débil condicion de mujer á la causa de la Patria.»

«¡Cuántos ejemplos de abnegacion patriótica, de levantado entusiasmo, no nos presenta la tradicion, en la mujer de nuestros campos y de nuestros pueblos, de aquellos tiempos en que se batallaba y se sufría por la ansiada Independencia de la Patria, que ahora disfrutamos!»

«¡Y cuántos tambien, no registran los anales Americanos, desde Venezuela hasta el Plata!»

«Los nombres de la célebre granadina Policarpa Salavarrieta, de Antonia Santos, Paula Java, Luisa Recabárren, Rosario Rosales, Antonia Salas, Josefa Palacios, Cornelia de Olivares, y de otras matronas Sud-Americanas, se inmortalizaron en aquella época, por su amor á la Patria.»

«Recuerdo haber leido episodios interesantes de señoras del Rio de la Plata, que, enalteciendo sus cívicas virtudes, honran sus nombres.»

«Maria Clara Zavala, nieta del fundador de Montevideo, cuando la invasion inglesa, no teniendo hijos varones que contribuyeran á la defensa del suelo de su nacimiento, por amor á la Patria, destinó espontáneamente una cantidad de dinero para costear tres personeros en la milicia de la plaza de Montevideo.»

«En la época de Artigas, cuando se luchaba en los campos Orientales por la Independencia, muchas mujeres Orientales se singularizaron en la campaña por su amor á la Patria; y algunas hubo que fueron traidas en prision á la ciudadela por los realistas, por no rendir vasallaje al realismo. Multitud de ellas, siguiendo por patriotismo la suerte de los patriotas, lo abandonaron todo, sufriendo trabajos y miseria, encaminándose en pos del Jefe de los Orientales al Ayuí, en la Provincia de Entre-Ríos, donde permane-

cieron sobre 16 meses con Artigas, soportando resignadas, todo género de penalidades. Esto nos enseña la historia.»

«En la guerra del año 25, hubo otras patriotas que se distinguieron por su abnegacion y espíritu varonil, prestando servicios á la Patria, sin excluir la curacion de los heridos que regaron con su sangre los campos del combate en Haedo y Sarandí.»

«En Buenos Aires, cuando la revolucion de Mayo del año 10, faltaban elementos de guerra para armar el brazo de los patriotas, y recursos en el gobierno con qué adquirirlos en cantidad suficiente. Arribó en esas circunstancias un buque de Estados Unidos con armamento. Y ¿sabeis lo que hicieron las señoras patriotas y abnegadas, inspiradas por el amor á la Patria? Se suscribieron entusiastas para comprarlo, y lo adquirieron, solicitando únicamente del gobierno el honor de que se grabasen sus nombres en las armas que debían servir á los patricios, además de otros servicios que prestaron con sus personas y bienes.»

«En esa memorable lucha de purísima gloria, se distinguieron por su acendrado amor á la Patria, las señoras Tomasa y Maria de la Quintana, María Sanchez de Thomson, Remedios, Eugenia y Nieves de Escalada, Angela Castelli, Isabel

Calvimonte de Agrelo, Cármen Quintanilla, Magdalena Castro, María Encarnacion de Andonaegui, Petronila Cordero, Ramona Esquivel de Aldao, Teodora Suarez de Roldan, (anciana de 70 años), Margarita Arias y Tiburcia Haedo».

Ya lo ven ustedes, lo que nos dice la señora Preceptora con su experiencia,—agregó la jóven Ayudante.—El amor á la Patria es una virtud, lo mismo en el hombre que en la mujer.—Amemos mucho y siempre á la nuestra.—Que tenga en nuestros corazones un santuario.

VI

Importancia de la lectura

Todo lo que tienda á plantear la educacion del trabajo por el trabajo, ó á establecer la campaña del libro contra la ignorancia, de la luz contra la ceguera del espíritu, es redencion y vida para un pueblo.

La lectura constante, atenta, reflexiva, es uno de esos medios.

La lectura es el pan de la inteligencia.—Leer es aprender, es vivir, es alimentar el alma, como el alimento es para el cuerpo.

La niña que sabe leer, coloca una estrella en el limbo de la inteligencia.

La que lée, se redime del cautiverio de la ignorancia.

El que lée, piensa. Los buenos libros son los Mesias de la redencion.

Quien lée con atencion en sus páginas, se moraliza, modera sus instintos y pasiones, dignifica el alma. Los libros encarnan la virtud, la caridad, el amor á la Patria.

Quien lée, aprende y goza con la buena lectura. Se aproxima á Dios, porque Dios lée todos los días las sublimes páginas del libro del Universo.

La lectura regenera, ennoblece los corazones, les da pan, honra y porvenir.

Los libros son el fruto del estudio, el comentario del pasado, el testamento de la inteligencia, la lámpara en la portada de los tiempos venideros.

Adquirid hijitas con gusto y contraccion el tesoro inestimable de la lectura. ¡Qué lindo es en una niña saber leer!

Leed siempre y mucho, aunque robeis para ello, algunos momentos á vuestros juegos infantiles, que no os ha de pesar.

Si viajais por agua ó tierra, procurad llevar siempre con vosotras un libro, un buen libro, para distraeros y solazaros con su lectura á bordo del vapor ó del ferrocarril, que cosechareis su fruto.

Si vais al Templo, no aparecereis inferior á otras niñas que saben leer, y leen en su devocionario.

Aprended á leer, las que estais en la clase en los primeros rudimentos de la lectura, y oid un consejo amigo de la experiencia. — Leed en el periódico, en el diario como podais, que el hábito de esa lectura casera, es un auxiliar eficaz para aprender á leer con soltura. Está probado por la experiencia que la niña que lée periódicos en su casa, está más dispuesta, que la que no lo hace, para adelantar y sobresalir en las lecciones de lectura en el colegio. — Lée mejor y adquiere conocimientos sobre muchas cosas de otros países en geografía, costumbres, inventos, historia, á favor de la lectura en los periódicos. — Os diré más: que el solo oír con frecuencia su lectura en la familia, despierta en la niña el interés de saber leer, predisponiendo su ánimo á aprender la lectura por el espíritu de imitacion tan natural en la infancia.

No importa que leais con lentitud y con trabajo en el periódico que tengais á mano en el hogar, su lectura facilitará el aprendizaje en el libro que os den en la escuela.

Esos libros de una hoja que se llaman diarios ó periódicos, que cuestan uno ó dos vintenes, y que pueden llevarse en la cartera á todas partes, son

auxiliares excelentes para aprender á leer y adquirir muchos conocimientos que se ignoran en la infancia, cuando responden á la mision moral y civilizadora de la prensa culta.

VII

Curiosidades

En el año ciento diez y nueve (119) empezó la bendicion del agua, y el uso de conservarla en las pilas de las Iglesias.

El año ciento cuarenta (140) se estableció que se dijesen tres misas la noche de Navidad.

Hasta el año doscientos cincuenta y cinco (255) celebraron misa los sacerdotes con sus vestidos ordinarios.

El año trescientos quince (315) se empezaron á bendecir las Iglesias y los vasos sagrados, y el año trescientos diez y seis (316), empezóse á colocar imágenes en los Templos.

El año cuatrocientos diez (410) se introdujeron las campanas en las Iglesias.

El año cuatrocientos diez y seis (416) tuvo uso el Cirio Pascual.

El año seiscientos cincuenta y ocho (658) se introdujeron los órganos en los Templos.

El año setecientos (700) tuvo principio el abrirse corona á los sacerdotes.

El año mil noventa y ocho (1098) empezaron á usarse los rosarios.

El año mil trescientos (1300) fué el primer jubileo de los cristianos.

El año mil trescientos sesenta (1360) se mandó á los eclesiásticos llevar hábitos clericales.

La Iglesia solo celebra tres nacimientos: el de Jesu-Cristo, el de su Santísima Madre y el de San Juan Bautista.

La primer misa nueva que se celebró en el Nuevo Mundo, fué en la poblacion de la Vega, por el célebre Padre Bartolomé de Las Casas, compañero de Colon en su segundo viaje.

Méjico fué la primera colonia que cultivó el trigo. — Tres granos de trigo hallados en una bolsa de arroz, por el criado de Hernan Cortés, sirvieron para la primera plantacion (1530).

Maria Escobar fué la primera que introdujo el trigo en el Perú.

LA TORRE DE BABEL

La existencia de la célebre torre de Babel data de muchos siglos, y porcion de siglos há que no es sino un monton de ruinas.

De los ocho pisos á que había llegado en su inmensísima altura, cuando sobrevino la confusion de las lenguas, solo han quedado dos pisos en el curso de los tiempos en medio de sus ruinas. Pero aun así refieren las crónicas modernas, es tan alta aun, que se divisa á una distancia de más de 20 leguas.

Pues bien, cuentan las mismas crónicas extranjeras, que hace poco tiempo ha sido coronada con la imágen de la Vírgen de la Victoria, bendecida por Su Santidad, y colocada allí por un Padre Carmelita.

Dicen que su base ocupa una superficie de 200 varas cuadradas. Los ladrillos con que está construida, se hallan cubiertos con caracteres caneiformes, labrados en el ladrillo antes de ser cocidos. Por último, agregan que en vez de cal ó de cemento, se empleó betum de una mina que había en las cercanías y que aun existe.

Sus constructores quisieron escalar el cielo al elevarla, pero fracasaron como era consiguiente en su intento.—De cierto, que la Babel, no era la torre de Eiffel de estos tiempos.

EL GRANO DE ARROZ

Ahora tiempos un profesor chino presentó un

trabajo sumamente curioso y admirable al Museo de «City Hall» de Lóndres. Ese trabajo era de caligrafía ejecutado en un grano de arroz, consistente en una estrofa compuesta por el mismo maestro, conteniendo treinta y tres distintos y bien formados caracteres chinescos, perfectamente escritos y sin abrebiaturas, sin ninguna contradiccion, aunque los caracteres del idioma no estaban introducidos en esta poesia liliputiense.

Parece increíble, pero es cierto—decía el periódico donde leímos esta referencia—que la totalidad de esos treinta y tres caracteres, esté escrita en un grano de arroz. Es una muestra de la paciencia del chino.

El grano de arroz así trabajado, estaba encerrado bajo de un vidrio de aumento en un guarda pelo de plata. Lo acompañaba una caja de madera conteniendo una especie de discurso relativo al grano de arroz.

Indudablemente, el trabajo era prodigioso. ¡Cuánto diéramos por verlo y admirarlo! No es verdad lectoras y lectorsitas?—Pues han de saber ustedes, que otro semejante produjo la paciencia del chino escribiendo todo el Alcorán en caracteres chinescos en poco más que en un grano de arroz.

RIQUEZA DE LAS IGLESIAS DEL PERÚ

La riqueza de las Iglesias del Perú han sido fabulosas, y aun en el día es superior quizás á la de muchas otras del mundo, porque el fanatismo de sus habitantes y la abundancia de metales preciosos que existía en tiempo de la conquista y durante el vireinato, permitía desplegar el mayor esplendor en el adorno de los Templos.

Para dar una idea de la riqueza de los objetos del culto, citaremos la custodia de la archicofradía de Nuestra Señora del Rosario, cuyo paradero sería difícil señalar hoy, ó que tal vez fué ofrecida para la guerra, cuando las Iglesias pusieron á disposicion del dictador sus joyas.

Tenía esta custodia, en piedras preciosas, las siguientes:

Diamantes, 1,304; Rubíes, 522; Esmeraldas, 1,029; Amatistas, 45; Topacios, 2; Perlas finas 121.

LA TINTORERA Ó TIGRE DE MAR

Los tiburones son temibles, pero lo es mucho más la *tintorera* ó tigre de mar. Es el más feroz que habita las desconocidas profundidades de los mares.

Por primera vez apareció uno en el Océano Pacífico, que causó un gran susto en el Callao, á los bañistas del puerto. Se conoció su aparicion por haber volcado un bote que iba tripulado por un inglés que fué víctima del terrible animal.

Una ballenera hacía dos días que la buscaba, hasta que al fin la encontró en el fondeadero del vapor inglés «Britania». En el acto que se reconocieron, se buscaron con afán, tratando la *tintorera* de volcar la ballenera, y allí un marinero le clavó tal harponaso, que la hizo huir más de dos millas llevándose á remolque la embarcacion con una velocidad de 10 millas por hora.

A las dos p. m. estaba el *cadáver* en el muelle dársena rodeado de centenares de curiosos que se disputaban el derecho de admirar al tigre de mar. Medía 13 varas de largo y su boca tres metros cuadrados, *adornada* con dos hileras de dientes, los primeros de tres pulgadas de largo y los segundos de dos.

El cuerpo del pobre inglés que victimó, le sirvió solo de un *bocado*, y viéndola con la boca abierta como la exhibieron, podría tragarse un buey sin hacer un solo gesto. El lomo es salpicado como de grandes obleas de color, que forma un *obero* claro, y la barriga tiene la blancura de la leche.

Líbrenos Dios por aquí de tal aparicion de *tintoreras* ó tigre de mar.

VIII

Conversaciones familiares

CARIDAD Y BENEFICENCIA

La caridad y la beneficencia son virtudes dignas de alabanza en quienes las practican.

El ejercicio de esas virtudes distinguió siempre á la sociedad Oriental, dejando ejemplos que la enaltecieron.

La niñez que se forma debe conocerlos para imitarlos, y bendecir los nombres de aquellos seres de uno y otro sexo, que por su caridad y beneficencia merecieron vivir venerados en la memoria de los buenos, rindiendo culto á sus ejemplares virtudes.

Montevideo, en el curso de los tiempos los contó para su honra, lo mismo que otros pueblos de este territorio.

Debemos siempre recordarlos con respeto, amor y reconocimiento, porque nos dejaron una enseñanza saludable en el pasado, que las generaciones del presente y del porvenir deben tenerla presente para imitar sus virtudes.

Asi hablaba una anciana, sentada un dia á la sombra de un copudo ombú en su quinta del Miguelete, rodeada de sus hijas y nietas que habían ido en el verano á pasar algunos días de campo en la morada apasible y pintoresca de su buena madre y mamá señora, que residía allí, en compañía de un hijo y de una de sus hijas mayores.

—Conversemos hijas mías, un rato, de estas cosas que me gustan, aquí en estos lugares deliciosos donde he visto crecer esos árboles seculares que nos dan sombra, y correr mansamente las aguas del arroyo que los borda, bendiciendo á la Providencia que dilatando mi vida, á través de las vicisitudes de los tiempos, me ha concedido el favor de poder contemplarlos feliz hasta ahora, y de veros reunidas á mi alrededor á su sombra.

Os referiré lo que recuerde, para que tengais presentes los nombres y las obras de caridad y beneficencia de nuestros mayores, y os sirvan en la vida de modelo sus virtudes.

—Bueno, mamá señora, (le dice Hortencia, una de las nietas, tomando y besando su mano), cuéntenos todo lo que se acuerde *desde el Padre de los Pobres*, de que hemos oído hablar tanto á personas mayores, para saber las que por su piedad, cari-

dad y beneficencia ejemplar, dejaron en nuestro país una memoria bendecida.

La anciana.—Muchas hubo y hay en nuestro país, dignas de alabanza y recuerdo eterno, por el bien que hicieron á sus semejantes. Sus nombres honrosos no se han borrado de mi memoria. Montevideo las contó en primera línea desde tiempos muy lejanos. No faltaron en Paysandú, Soriano, Canelones, San José, Minas y otros centros de poblacion del territorio de la Banda Oriental, como llamaban antes á esta provincia, República despues, constituida por los viejos patriotas Orientales. Tanto en hombres como en señoras, la caridad y beneficencia, tuvo en todo tiempo y en todas partes en nuestro país, quien la ejerciese con solicitud recomendable.

Ustedes son jóvenes; tú eres niña, y las niñas deben saber esos nombres y sus buenas obras, para quererlos é imitar sus virtudes.

Los bienhechores de la Humanidad, tienen títulos justísimos al respeto y veneracion de los sobrevivientes.

Los que nos precedieron, sembraron, con el ejemplo de sus virtudes, la semilla del bien, de la caridad evangélica en este suelo, germinando al calor fecundante del espíritu caritativo y benéfico de nuestra sociedad, como lo hemos visto y lo

vemos traducido en los Asilos de Caridad y beneficencia pública que funcionan desde muchos añós en Montevideo, empezando por su antiguo y hoy hermoso y cómodo Hospital de Caridad. En los Hospitales de Paysandú, (creacion humanitaria de Pinilla), del Salto, San José y de otros que en circunstancias de epidemia, funcionaron en Minas y otros pueblos de campaña. En las asociaciones de señoras de Beneficencia, creadas aquí y en otros centros de poblacion de la República. En los socorros distribuidos á la indigencia por la mano caritativa de las señoras de la Conferencia de San Vicente de Paul; y en fin, por los innumerables actos de caridad y beneficencia ejercidos indistintamente con los pobres por las almas piadosas y benéficas de la sociedad Oriental, haciéndolos estensivos, cuando se ofreció, á otros países, donde los flajelos, las inundaciones ó las catástrofes, de que fueron víctimas, llamaron en su auxilio el concurso de la caridad y beneficencia de la humanidad condolida.

La juventud de ahora, vástago del árbol bendito de la caridad, plantado en esta tierra de promision, por nuestros antepasados, está llamada á robustecer su savia, para que fructifique abundantemente en la vida. El Señor la bendiga.

El primer nombre que me viene á la memoria

de bienhechores ejemplares de la humanidad, es el de Maciel, llamado el *Padre de los Pobres*, que fué el fundador del primer Hospital de Montevideo en su propia casa, el siglo pasado, y el principal obrero del de Caridad á donde se trasladaron, hace un siglo, los 8 ó 10 enfermos pobres de solemnidad que amparaba y asistía en su Asilo.

Maciel, hijas mías, era el prototipo del hombre sensible, piadoso, abnegado y caritativo. La posteridad bendice su nombre, que lleva desde muchos años una de las calles de Montevideo para perpetuarlo.

La nieve de los años, no había aun emblanquecido sus cabellos, como lo están los míos. Maciel era entonces jóven de 21 años, casado; y sin embargo, obró como un hombre maduro, consagrándose con piedad ejemplar al socorro primero de los náufragos, y sucesivamente al de los enfermos desvalidos, creando un Asilo para su asistencia.

La tradicion, hijas mías, atravesando la oscuridad de los tiempos y salvando las barreras del sepulcro, hizo llegar intacta hasta nosotros, circundada de una envidiable aureola de gratitud, la memoria de aquel hombre filantrópico, que dió el noble ejemplo de apartarse en su juventud del

círculo de egoismo en que generalmente giran los que no están dotados de una alma bastantemente caritativa y generosa, para comprender que nunca es más grande y meritoria una persona, que cuando hace servir su posicion, su inteligencia ó sus bienes de fortuna bien adquiridos en favor del infortunio, y de sus semejantes postrados y desvalidos.

El segundo de que me acuerdo, es el de Cipriano de Melo, fundador del primer Teatro que tuvo Montevideo á últimos del siglo pasado, llamado vulgarmente *Casa de Comedias*, transformado al girar del tiempo en el mismo lugar, por el que conocemos de *San Felipe*. Hombre, sobremanera benéfico, no lo hizo por especulacion, sino con el propósito de destinar sus productos á beneficio del Hospital de Caridad, reservándose más tarde adjudicar su propiedad al mismo Hospital. La mano caritativa de Cipriano, distribuia limosnas y socorros á los pobres, haciendo siempre el bien á sus semejantes.

El Padre Larrañaga, es el tercero que me viene á la memoria, modelo de piedad y de sabiduría reconocida.

La orfandad tuvo en él un afanoso, caritativo y humanitario protector.

Hubo un tiempo, hijas mías, de que nos separan

más de 70 años, cuando la poblacion de Montevideo era pobre y reducida, en que frecuentemente aparecian criaturas recien nacidas arrojadas en las puertas y zaguanes de las casas, en el pórtico de las Iglesias, y lo que era más lastimoso, en los huecos de la ciudad, donde morían ateridos de frío muchos de aquellos séres inocentes y desgraciados, contándose casos de encontrarse comidos de los perros!

Jesús! Jesús!—¡Qué espectáculo aquél, tan desgarrador! Solo en pensarlo, sufre el alma y uno se horroriza.

Pues bien, hijas mías. En esa situacion tan angustiosa, en que hubo familia pudiente, que llegó á recoger en sus puertas hasta doce criaturitas arrojadas, la piedad del Padre Larrañaga, Cura entonces de la Matriz, recogia las que aparecían en el pórtico del Templo, confiando la crianza á sus espensas, aquí y hasta en Buenos Aires, á donde las mandaba á personas caritativas. De ahí nació la idea de fundar la *Casa de Cuna* para recoger expósitos, iniciada por Larrañaga, encontrando la mejor acogida en el Cabildo y en el Gobernador Intendente Pintos de Araujo, que ofreció donar para ello cien pesos mensuales de su sueldo, y se fundó el año 18 la *Cuna*, anexa al Hospital de Caridad, ponién-

dose á cargo de Larrañaga la economía de su direccion y cuidado.

Los Cabildantes que asociaron sus nombres á tan piadosa obra, eran Orientales, jefes de familia. Me acuerdo de algunos:—Durán, Muñoz, Giró, Blanco, Bianqui, Correa, Estrada, Mendez Caldeira y Artecona.

En Noviembre de ese año, se recibieron por el torno de ella, los primeros ocho expósitos que la estrenaron, contando desde entonces Montevideo su Asilo de expósitos.

Recuerdo todavía la inscripcion que tenía el torno exteriormente, puesta en un humilde tablero, que decía:

Mi padre y mi madre
Me arrojan de sí;
La piedad divina
Me recibe aquí.

Como éstos, hay muchos nombres de bienhechores de la humanidad, de antiguos tiempos, y de contemporáneos que podrían citarse, desde el *Padre de los Pobres*, hasta el que mereció llamarse posteriormente *Padre de los desgraciados*, en Nueva Palmira, cuyo nombre de pila era Rafael Eguren. Pero les hablaré solamente de señoras ejemplar-

mente caritativas, del pasado, que la juventud femenina no debe ignorar, para inspirarse en sus virtudes.

Pregunten á las ancianas como yo por sus nombres, y estoy cierta que por la tradicion ó el recuerdo propio, nombrarán no pocas, no solamente de Montevideo, sino de la campaña, dignas todas de recordacion.

Por el momento recordaré algunos de tiempos lejanos, dejando para otro día, si Dios me presta la vida, hablaros de las contemporáneas, que siguiendo las huellas santas de nuestros antepasados, con su buen corazon, dejaron honrosa y bendecida memoria en Montevideo, Paysandú, Soriano, Mercedes, Canelones, Minas, Cerro-Largo, y otros centros de poblacion de nuestro país, que debeis tener presente como ejemplos.

Antes de haber Hospital en Montevideo, el siglo pasado, se formó una Cofradía de San José y Caridad, promovida por Maciel y su consorte, que distribuía una limosna diaria de dos reales á los pobres enfermos de solemnidad. Las principales señoras que pertenecian á ella, iban más lejos en el ejercicio de la caridad. Se constituían en enfermeras por barrios, indagando dónde había algun enfermo desvalido, visitando, socorriendo y asistiéndolos personalmente, tanto en la ciudad

como en extramuros, llevando el consuelo al lecho del dolor, á la choza más mísera en que padecían pobres enfermos de uno ú otro sexo. ¡Qué bellos corazones! ¡Qué almas tan caritativas!

Entre esas benditas mujeres, figuraron en primera línea María Franco, Francisca Warnes, María Camejo, María Zavala y Vidal, Petronila Pagola, Isidora Achucarro, María Perez Valdez, Manuela Ruiz, Mercedes Sanchez, Juana Morales, Josefa Bermudez, Pascuala Sachristan, Josefa Elisondo y María Josefa Gomar.

En pos de ellas descollaron en obras de caridad y beneficencia, Josefa Durán y Pagola, María Clara Zavala, Ana Cipriano, Gervasia Basabilbaso, María Vilardebó, Regina y Dolores Betbezé, Matilde Durán, Genara Vidal, Margarita Vidal, y otras que escapan á mi memoria.

Montevideo, hijas mías, puede ufanarse de haber contado en su seno, desde remotos tiempos hasta nuestros días, muchas señoras benéficas y caritativas, cuyos descendientes por lo comun no desmintieron su noble orígen. Lo mismo digo de los pueblos de campaña que contaron las Paredes, Zambrana, Marote, Escalada, Montero, Marquez, Chopitea, Vidal, Golfarini, Zipitria, Mas, Arrue, Sienra, Cantos, Rivarola, Cabal, Machado, Laredo, Laguna, Muniz, Bálsamo, Ruiz Pajes, Galan, y qué sé yo cuántas otras.

Vamos—concluyó la anciana—ya he conversado mucho de estas cosas, que me transportan con la imaginacion al tiempo de mi mocedad. El fresco de la tarde convida para que vayan á dar una vuelta por la quinta y tomar flores del jardin. Hortencia—la menor de las nietas—se encargará de traerme un buen ramo para mi Vírgen, pero ten cuidado con las espinas del rosal.

IX

Destino del primer oro de América

Colon, el descubridor del Nuevo Mundo á que pertenecemos, fué, como es sabido, el que aportó á España el primer oro de las Indias Occidentales—es decir, de América. Procedía el oro de Cibaó, una de las Lucayas, presentado á Colon por Goacunaú. Su destino ó aplicacion, fué objeto de controversia entre los analistas de aquellos remotos tiempos.

Un autor (Argensola) en los Anales de Aragon, refería: «que con el primer oro que se trasportó de las Indias, se habían dorado los techos y artesones de la Sala Real de Aljafería, palacio de Zaragoza.»

Esa referencia fué victoriosamente contradicha

por otros autores, demostrando «que el primer oro llevado de Indias, ó América, por Colon, se empleó en la Custodia que sirvió al Augusto Sacramento depositado en la Iglesia de Toledo.» (*Monconys Baltazar*) tomo V, 4.ª parte de sus viajes.

«La Custodia—decía el citado autor—en que el día de Corpus se lleva el Santo Sacramento, es del tamaño casi de un hombre, toda de plata dorada y esmaltada. Se desarma en siete mil piezas. En el medio tiene otra donde se deposita el Santo Sacramento, *que es toda del primer oro que se trajo á España de las Indias Occidentales*.

Discurriendo sobre este tópico—dice Llano de Zapata en el tomo primero de las Memorias Histórico-Físico-Crítico-Apologista de la América Meridional (1758)—«Poca refleccion es menester para creerlo, si se contempla la virtud y piedad de los Reyes Católicos Don Fernando é Isabel, en cuyo tiempo se descubrieron las Islas Occidentales de nuestra América. Fueron estos Monarcas muy dedicados al culto divino. Así sería más propio de su religiosidad y devocion, pagar como tributo á Dios las primicias del oro de nuestras Indias, que ofrecerlas á la vanidad.»

En la Catedral de Sevilla—dice el mismo autor

—en la testera de su sacristía mayor está colocado un grande relicario, en el cual se veneran muchas y singulares reliquias. Entre ellas hay una cruz de finísimo oro con varias figuras del mismo metal que representa uno de los misterios de la pasion del Señor. Esta cruz, que levanta en alto más de una tercia, la he tenido en mis manos. Se hizo del primer oro que aportó Colon de Indias, y que en señal de reconocimiento consagró á aquel gran Templo, como primicias de su primera navegacion. Consta de un instrumento que se guarda en el mismo relicario en una arca de plata.

X

El Abanico Tradicional

Felicia era una madre de familia descendiente de uno de los. Constituyentes. Tenía una hija llamada Angélica, de unos 12 años de edad, tan bonita y buena como Berta.

Era un día de año nuevo en que Angélica había preparado un lindo ramo de flores, tomadas de su jardin, para ofrecerlo cariñosa de aguinaldo á su mamá. Ésta lo recibió con el mayor gusto, imprimiendo un beso en la frente angelical de su niña, quien sonriente de alegría le echó

los brazos, estrechándola Felicia contra su seno maternal.

Felicia.—Tu ramito es muy lindo y me agrada mucho. Te has adelantado con él al regalo que te preparaba de año nuevo. Dime, Angélica, ¿qué te gustaría más que te regalase?

Angélica.—Nada, mamá; me bastan tus besos y verte contenta.

Felicia.—Pero yo quiero darte tambien mi aguinaldo, como lo había pensado. Dime, ¿qué te gustaría más, un sombrero, una pulsera, un anillo, un prendedor ó un relojito?

Angélica.—Me gustaría un prendedor.... No, que el que tengo es muy bonito y no quiero otro.—Mejor quisiera un abanico.

Felicia.—Bien, querida, cumpliré tu gusto.—Mandaré buscar algunos á la abaniquería de Rabaioli para que escojas el que más te agrade, porque hay de muchas clases. Pero dime, ¿por qué prefieres el abanico al prendedor, ó á otro cualquier objeto de gusto?

Angélica.—Porque el prendedor que tengo es muy bonito, y además, es regalo de papá, del día de mi cumpleaños, y no deseo otro para mi uso.—No me había acordado que lo tenía.

Felicia.—Pero tambien tienes abanico.

Angélica.—Es verdad, y muy lindo, parecido

al de Merceditas. Mas yo quisiera tener uno semejante al que guardas en la cómoda, como una alhaja preciosa, como te he oído decir, y que por nada cambiarías.

Felicia.—Así es.—No es de moda, sino muy antiguo, pero para mí vale un tesoro por su orígen, por el recuerdo, por lo que representa el paisaje, pues fué regalo de mi amado padre hace muchos años, que he conservado con cariño y cuidado como una reliquia, que será tuya, para que la guardes tambien en memoria de los Legisladores Constituyentes de nuestro país. Es un abanico tradicional, de que nó se encontrará ningun ejemplar semejante en ninguna abaniquería, ni mercería, para comprarlo; porque esa clase de abanicos fué especial en nuestro país de la época en que se juró la Constitucion de la República, cuando yo era aun niña, y solo por una rareza conservo ese. Pero sino es posible cumplir tu gusto, de comprarte uno igual, porque no los hay, te regalaré otro de los de moda para que lo uses, que los hay muy lindos, y podrás elejirlo á tu agrado entre los que he mandado buscar á la Abaniquería de Rabaioli con la sirvienta.

Angélica.—Bueno, mamá.—Si no hay de la clase del tuyo, elegiré otro cualquiera de los de moda, para usarlo en tu nombre, como regalo

de año nuevo. Pero muéstrame el tuyo que tienes tan guardado, porque no recuerdo bien cómo era, desde aquella vez que me lo mostrastes; y repetime por qué lo quieres tanto, que me gusta saberlo.

Felicia.—Voy á complacerte.—Aquí lo tienes en la caja en que lo conservo.—Míralo, que aun cuando tiene tantos años en mi poder, está conservado, gracias á mi cuidado. Este abanico tradicional, fué regalo de mi padre,—que era uno de los Constituyentes,—á mi madre. No es lujoso, no tendrá mérito artístico, pero lo tiene histórico en el paisaje, representando la vista de la plaza de la Matriz, en la jura de la Constitucion, el año 30, con el Cabildo, el tablado, las tropas, el pueblo, las banderas y los principales edificios que había entonces. El dibujo fué obra de un señor Irigoyen, cuyo retrato, con su medalla, conserva papá y puedes verlo, como tambien la Biografía que tiene en un libro, y voy á decirle que te la lea á la noche, para que sepas quién fué esa persona.

El dibujo se mandó á Europa, por idea de un señor Echevarriarza, Constituyente, y de allá vinieron los abanicos con el paisaje, que estuvieron en boga, usándolos con noble orgullo las señoras Orientales. Se vendían hasta á media onza. Mi

padre compró uno para mi madre, que lo conservó como una joya de inestimable mérito.

Yo aprendí de ella á quererlo y lo guardé, no como simple curiosidad, sino como una reliquia, despues de su fallecimiento.

Bésalo, hijita, que es una memoria grata y santa de otros tiempos, y cuando yo no viva, consérvalo con el mismo amor que yo, venerando en él el recuerdo de los Constituyentes de la República, de que nos habla tu tata siempre, y cuyo nombre lleva una de las calles de la nueva ciudad, donde está la estacion del tranvía del Este, que vemos cuando vamos á los baños de Ramirez.

Madre é hija besaron el abanico tradicional, y luego lo colocaron sobre una bandeja de plata, entre jazmines y nardos para mostrarlo á las amigas, como recuerdo histórico.

Una de éstas, al verlo, dirigiéndose á la señora Felicia, díjole: esta es una antigüedad para nosotras las Orientales, de valor inapreciable.—No tendrá el mérito artístico del abanico del siglo XVII, pintado sobre tela de huevo de avestruz, como el que conserva por curiosidad la señora N., pero en cambio, es precioso por el recuerdo patrio, y tan bien conservado por usted, que es admirable. Puede usted congratularse de poseerlo, y nosotras le agradecemos el gusto que nos proporciona de verlo.

Nos hace acordar á la pluma vírgen con que firmó la Constitucion el Constituyente don Pedro Pablo Sierra, que la guardaba como una reliquia en un estuche con la medalla conmemorativa de la jura.

XI

La Matriz

En una hermosa y apacible noche de verano, que convidaba á ir á gozar el suave ambiente que se respiraba en la plaza de la Matriz, en medio de las acacias y paraísos que adornaban sus contornos, concurrían á ella, como de costumbre, muchas familias, á disfrutar del fresco, con el doble atractivo de oír las armonías de la música, que proporcionaban las bandas militares de los cuerpos de línea de Lenguas y otro jefe, alternando cordialmente con las de Buenos Aires que venían á hacernos gustar sus acordes en la ejecucion, allá por el año 62.

En uno de los grupos de elegantes damas y señoritas, se hallaban Ercilia, Ventura, Rosa y Pilar con sus familias, en plácida conversacion, opinando cada una á su modo, sobre el mérito de la ejecucion musical de las bandas en competencia.

Hablando sobre distintas cosas, los picos de oro, al decir de jóvenes galantes, como Alfredo, sirvióles de tema el reloj trasparente que se había estrenado hacía poco en la torre de la Iglesia Matriz, llamada vulgarmente «la torre del Reloj».

Decía una—qué lindo reloj, hace juego con la hermosura del Templo.—Es una adquisicion valiosa,—dicen que ha costado á la Junta 1,800 patacones, y que la campana pesa 10 quintales; así se oyen las horas á largas distancias. El Cura Brid se regocija con razon de haber adquirido esa mejora para nuestro primer Templo, cuyo estreno fué una grata novedad en noche buena para Montevideo.

—Cierto,—dice una de las señoras mayores; que las oía.—La Matriz es el primer Templo de la República. Obra monumental del tiempo de los españoles que nos legaron nuestros antepasados. Empezó á construirse el año 90 del siglo pasado, y se consagró el año 4 del presente, desde cuya época funciona este suntuoso Templo, con las mejoras debidas á los gobiernos patrios, y bajo cuyas bóvedas, las generaciones que se sucedieron hasta la actualidad, han elevado sus preces á Dios, divino Redentor del género humano.

Así es—añade otra de las interlocutoras—podemos decir con verdad, que la Matriz es el

primer Templo de la República, mejorado y embellecido como lo vemos, exterior é interiormente, respondiendo al adelanto de los tiempos modernos en todo sentido, y al crecimiento de la poblacion. La memoria de su iniciador, que fué el Cura Ortiz, el primer contribuyente para su fábrica, segun las referencias de nuestròs viejos, debe ser estimada.

Estaban las damas en esa conversacion, cuando cuadró la casualidad de aparecer á su inmediacion don Juan Ignacio, anciano amigo, que andaba dando tambien su paseíto por la plaza.—Despues de saludarse, le dice una de las señoras: «Aquí están las muchachas hablando de la Matriz, mudo testigo de tantas cosas de nuestro Montevideo, que está en vísperas de ver desaparecer al viejo San Francisco, en cuya demolicion es usted uno de los comisionados. Vamos; usted que es cartilla vieja, puede contarles cómo se hizo esta Iglesia que contemplamos como una obra monumental.

Con mucho gusto,—repuso el buen anciano.—Les diré lo que sabemos por tradicion, pudiendo comparar lo que fuimos, con lo que llegamos á ser.

Han de saber ustedes, que cuando se fundó Montevideo, hace próximamente siglo y medio, con unos 130 habitantes, no había sino una Ca-

pillita al Norte de esta plaza, fabricada de piedra y teja por los Padres Doctrineros, en que se decía misa. En pos de ella hubo otra construida por los Padres de la Observancia, que no era más que una choza de paja cubierta de cueros, donde se celebraban los oficios divinos, á falta de la Iglesia parroquial acordada por don Bruno Mauricio de Zavala, con oferta de contribuir con parte del material. Ésta se empezó á construir con muy escasos recursos, trabajando en ella 20 vecinos, alternando con otros tantos, con tanta lentitud, que el año 38 quedó parada la fábrica con cinco varas de pared construidas.—Mientras tanto, la mísera Capillita de la Observancia, era la que servía para decirse misa. En ese estado, se ofreció Alzaybar á concluirla, cosa que no se realizó hasta el año cuarenta y tantos.

Esa fué la primer Iglesia parroquial que hubo, llamada despues la Matriz Vieja, techada de teja. Su mal estado y su insuficiencia para la feligresía, impulsó al Cura Ortiz á promover la construccion de la Matriz Nueva, en condiciones grandiosas, á todo costo, capaz de responder al porvenir de Montevideo, que vaticinaba próspero y feliz. El año 90 comenzó la obra, luchando á cada paso con la falta de arbitrios para llevarla adelante. —Las limosnas de los fieles, un impuesto volun-

tario en el vecindario sobre la carne del consumo por un año, y otro por dos á que asintieron los hacendados sobre los cueros, arbitraron medios para seguir la obra. Despues vino el Cabildo en su auxilio, destinando algunas cantidades del producto del remate del abasto para la obra de la Matriz nueva, que á esfuerzos del pueblo de Montevideo, se concluyó á los 14 años, teniendo de costo más de 200 mil pesos, y que es la misma que tenemos á la vista, y de que puede vanagloriarse Montevideo.

¡Qué les parece á ustedes, cómo empezó en aquellos tiempos la naciente poblacion de San Felipe con su capillita de piedra y teja, ó con su choza de paja y cueros, y á donde llegó hasta la erección de este gran Templo, legado piadoso de nuestros progenitores! Así ha sido todo en los principios. Soriano, San Isidro, Guadalupe y Paysandú, por ejemplo, empezaron con una capillita de palo á pique.—Todavía Paysandú, el año 21 de este siglo, no contaba sino con una pobre Iglesia, construida de terron, promediados con horcones que amenazaban ruina, por lo cual gestionó el Cura don Solano García la concesion de algunos cientos de pesos de los diezmos para una Iglesia nueva.

Perdonen ustedes si he abusado tanto de su

atencion con mis referencias, privándoles de continuar su paseo y de conversaciones más agradables.

Despedido cortesmente, las damas siguieron su paseíto por la plaza, cambiando saludos con otras conocidas, gozando del fresco de la noche y de las últimas armonías de la música.

XII

Los Bazares ó Exposiciones de Caridad

Se había fundado en Montevideo el año 43, cuando el asedio de esta plaza, la primer Sociedad Filantrópica de Damas Orientales que tuvimos, presidida por doña Bernardina Fragoso de Rivera. Su principal objeto, por el momento, fué establecer un Hospital á sus espensas, para la asistencia de los heridos y enfermos del Ejército, suscribiéndose con cien patacones cada socia para dar comienzo al plan propuesto, independiente de la cuota mensual de una onza de oro.

Fueron socias fundadoras de esa Asociacion, las señoras Bernardina F. de Rivera, María Josefa Alamo de Suarez, Josefa Lamas de Vazquez, Cipriana Herrera de Muñoz, María Antonia Agell de Hocquard, Matilde Durán, Isabel Navia de

Rücker, María Quevedo de Lafone, Josefa Areta de Cavaillon, Teresa Conde de Perez, Dolores Vidal de Pereyra, Joaquina Navia de Tomkison, Ramona Luna de Correa, Petrona Reboledo de Buxareo, Manuela Belaustequi de Bustamante, (única sobreviviente) y Belen S. de Estevez.

Durante un año sostuvieron el Hospital con sus recursos y los que pudo proporcionarse de las personas benéficas, pero acreciendo las necesidades por efecto de lo aciago de la situacion, y luchando con la escasez de medios para el sostén del Hospital que llevaba su nombre, se resolvió la Asociacion á promover el primer Bazar ó Exposicion de Caridad que tuvimos, destinando su producto á beneficio del establecimiento filantrópico.

El éxito correspondió á la nobleza del fin. Al llamado de la caridad, concurrió diligente el bello sexo con sus ofrendas, favoreciendo el bazar con sus modestos labores. Con ese concurso, unido á otros donativos de la sociedad de Montevideo, se inauguró un día del año 44 el primer bazar de Caridad en un espacioso salon en la calle 25 de Mayo.

Aquello fué una novedad que atrajo especialmente á las familias, con el interés de ver los trabajos exhibidos por lo principal de las señoritas

de Montevideo.—En aquel tiempo eran contados los buenos Colegios de niñas y limitadas las labores que se enseñaban. No obstante, se habian formado jóvenes capaces de producirlos de algun mérito en tejidos y bordados en los Colegios de Curel, de Rancé y de Lira, en la Escuela de Fermina de Gordillo, y esas fueron de las primeras expositoras.

Cuánto influyó aquella especie de certámen ofrecido en nombre de la Caridad, en la juventud femenina, han de recordarlo las personas de aquel tiempo con satisfaccion. Fué un estímulo que despertó en ella el amor, la dedicacion más pronunciada á las labores propias del sexo, colocándose en aptitud de poder prestar tambien su concurso, con la obra delicada de sus manos, á los dos ó tres bazares realizados en los años sucesivos, con idéntico objeto. La buena semilla esparcida en el campo de la instruccion, dió sus frutos en el venidero.

Vino otra época. Las Comisiones ó Asociaciones de Caridad y Beneficencia de señoras, instituidas desde el año 53, y de que hicieron parte algunas de las fundadoras de la Filantrópica de Damas Orientales, promovieron varios Bazares de Caridad, y el más brillante resultado coronó su pensamiento en los que se sucedieron en los

años 55, 58, 67 y 73. Era natural que, en su conjunto, superaran en variedad y gusto á los primeros, que no contaron con los elementos que se proporcionaron despues, con profusión de muestrarios, periódicos de moda, materiales en abundancia, que empezaron algo saladitos á ponerse al alcance de todas en la Ancla Dorada, en lo de Valle, en lo de Maricot y en lo de Bousquet.

A ninguno de ellos faltó el concurso de la mujer oriental, poniendo á provecho de la humanidad el fruto de su habilidad é inteligencia.

El ejemplo no fué estéril. Tuvo nobilísimas imitadoras en Paysandú, Salto, Mercedes y San José, donde sus damas y señoritas engalanaron á su turno con sus labores, los bazares organizados con fines benéficos en aquellos centros adelantados de poblacion en la campaña.

En punto menor, pero no inferior en mérito por la variedad de los trabajos exhibidos, nos vienen á la memoria los primeros bazares de nuestros Colegios, empezados en el del *Plata,* de Madama Gallardo en el foyer de Solis, el año 62, siguiéndole los de la Escuela *Lira* y de la señora Champan, con ocasion de los exámenes de fin de año. ¡Qué lindos trabajos se expusieron en ellos! Se hicieron moda, y continuaron en otros establecimientos de educacion, con aprovechamiento de las discípulas.

Eran el embeleso del señor don Plácido, el veterano de la educacion, que no se cansaba de recorrerlos y examinarlos con avidez, deteniéndose con especial interés en los labores de costura.

Dejemos á un lado los trabajos de dibujo, que en buena parte realzaban el conjunto, con aquellos cuadros trazados con más ó menos perfeccion por la diestra mano de las discípulas dirijidas en su mayor parte por profesores competentes como Jaume y Silva, sirviendo de preparacion á las juveniles inteligencias, para llevar más adelante su contingente á los bazares de Caridad y Beneficencia.

Bello y preciado fruto fué de ellas, el espléndido Bazar del Magisterio el año 78, en el salon de los bajos de Solis, que ocupa el Museo actualmente, con sus jóvenes tenderitas y el nombre distintivo de sus compartimentos. En todos ellos lució el trabajo de las educandas, sirviendo de emulacion á las que les sucedieron en las bancas del Colegio.

Gratas reminiscencias que levantan el espíritu, regocijado en la contemplacion de los progresos actuales, en que pueden ostentarse trabajos tan preciosos y tan delicados en el ramo de bordados, como los exhibidos ayer no más en el Colegio de las Hermanas, que parecían pintados, que mano alguna los hubiese tocado, compitiendo noblemente con los del *Franco Uruguayo* y otros establecimientos de enseñanza.

Adelante! que el progreso viene en auxilio de las que se dedican á la enseñanza, economizando trabajo en los dibujos, facilitándolos verbigracia las prensas de Madamas Rosalia, Menoud y Bosshardt, que permiten estamparlos en el terciopelo ú otro género con perfeccion y prontitud.

Timbres son de las jóvenes Uruguayas, entrelazados con los conquistados en los Bazares de antaño y hogaño.

XIII

Las Flores

Me gustan mucho las flores del tiempo con su fragancia. Las prefiero á las artificiales, y eso que hoy se hacen magníficas, sirviendo de bonito adorno en las salas, antesalas, costurero, y en los centros de mesa de comedor.

No hay muchacha que no las haga preciosas. Tan amante soy de las flores, que cuando voy al campo me encantan las silvestres que encuentro en la llanura, y recojo margaritas, que para mi gusto son las más bonitas de las flores silvestres, no sé si será porque llevo su nombre.

Cuando era pequeña, recuerdo que nuestro paseo del Domingo era al Jardin de Pitaluga, al

Sud de la nuèva ciudad, que ocupaba una manzana, y veníamos cargadas de ramos de flores.

Como soy tan pasionista de ellas, no puedo dejar de ser pedigûeña de plantas y semillas, porque mi recreo es cultivarlas.

Mi mayor gusto es cuidar las que tengo en el patio de casa, en tinas y macetas, que forman mi pequeño jardin, mi delicia y entretenimiento.

Por fortuna, no hay hormigas que las pelen y arruinen á lo mejor, y las aguas corrientes tan útiles, me falicitan el riego y se conservan hermosas.

Tengo rosas de varias clases, jazmines, azucenas, junquillos, violetas, coral, lila, hortensia, eleotropo, flor de Lis, dalias, aljaba, agapanto, lirios, malva de olor, mosquetas y camelias. Tambien claveles, pero no sé qué tienen ahora que no florecen. Tenía una planta de diamela que me regalaron de Santa Fé, pero tuve el disgusto de que secase, por más que la cuidaba.

Por supuesto, que no me faltan las enredaderas de varias clases, especialmente la linda y fragante madreselva, ni menos, como Uruguaya, la flor de pajarito, el clavel del aire, el cedron, albahaca y la campanilla, las plantas medicinales como salvia, romero, ruda, menta y amapolas.

Todo el lienzo de pared del patio, lo tapizan las

enredaderas, particularmente mis tupidas madreselvas, tan extendidas, que adornan graciosamente hasta el zaguan, y cuyo néctar viene siempre á gustar en el verano un lindo tente en el aire.

Me place sobremanera el cultivo de las flores, proporcionándome el placer de poder obsequiar con ellas á las amiguitas que nos visitan, formando lindos ramitos para el seno, ya que no se usan de adorno en la cabeza.

Hasta las chiquilinas las utilizan, porque los diablitos me muelen siempre por flores para llevar al Colegio para la Maestra, y las corto con agrado, y se las doy para que cumplan su gusto.

¡Qué lindas son las flores! Patio sin ellas no me gusta, aunque estén vestidos de mármoles y objetos de arte. Para mí son las plantas el más bello adorno del patio, á la vez que higiénico. No me den patio sin ellas, donde brillen por su ausencia las flores. — ¡Hasta el Cementerio hermosean!

Y si no, que lo digan las fiestas regias de Solis, del Club Uruguayo, de los bailes y festejos de alta sociedad, en cuyo adorno entra el matiz de las flores del tiempo, y el verde de las plantas más hermosas.

Cuánto diera yo, por poseer un buen jardin, no diré tan espléndido y magnífico como el de

Margat ó Basso, que figuran en primera línea, ó los de Castro, Farini, y tantos otros semejantes que embellecen el Miguelete, porque eso sería pedir mucho; pero á lo menos, medio parecido á los que poseen en proporcion, tantas quintas ó casas de recreo, en los pintorescos alrededores de la ciudad, que embelezan al extranjero que los visita.

Allí sí, en esos jardines famosos que enriquecen la floricultura de nuestra tierra, hay variedad de plantas de adorno y bellas flores, antes desconocidas, que surten profusamente á los floristas para sus confecciones de todos gustos, formas y dimensiones, cuyos trabajos artísticos se ven todos los días, y con extraordinaria y admirable profusion el de finados en los Cementerios.

Sueño con las flores. El gusto por su cultivo se ha generalizado. Rara es la casa que nò las tenga. Cuando paseamos las calles de la ciudad, y dirigimos la mirada al patio de la más humilde casa, nos alegra ver que no faltan en ella sus macetitas de flores. Lo mismo, dicen, que se observa en Paysandú, Salto y Mercedes, y otros centros de poblacion en la campaña.

Podría decirse sin exageracion, que este es el país de las flores, y sus mujeres las pasionistas jardineras.

No en vano la Rural, inició pocos años ha, la exposicion de las flores, y el mundo elegante se lució no ha mucho, en la alegre batalla de las flores en el eden del Miguelete.

Nunca como ahora, hubo tanto consumo de flores, ni tantos industriales con depósito especial, para servir los pedidos de soberbios ramos, coronas, canastas, estrellas, corazones, etc.,—ó para expender plantas y semillas, como los reputados de Basso y de Margat.

Ramitos tentadores en la féria para sacar los vintenes; y por fin, flores que ver y codiciar en la plaza *chiche* de Zavala, bello ideal del paisajista André, y en la vieja de Cagancha.

Me ratifico en lo dicho: este es el país de las flores.

Podemos cantar, pues, con las hijas de María—

Venid y vamos todos
Con flores á porfía,
Con flores á María,
Que madre nuestra es.

XIV

El Uruguay

I

El Uruguay,—esa magnífica corriente de agua que se extiende desde las montañas de Santa Catalina en el Brasil, hasta la Boca del Guazú, para derramarse en el caudaloso Plata, da nombre á la jóven nacion que tiene asiento á la entrada del río como mar descubierto por Solis, y cuya linda Capital aparece como un cisne en la izquierda de sus márgenes, teniendo por atalaya el Cerro de Montevideo.

Nací en sus riberas, creciendo bajo el azulado cielo que le sirve de espléndido docel.

Dejadme que por un momento me transporte en alas del pensamiento al seno del pintoresco Uruguay, y contemple estaciado las islas, los bosques y las flores que lo engalanan, embalsamando su ambiente y deleitando la mirada del viajero y de los moradores de aquella comarca.

Dejadme que postrado de hinojos, admire y bendiga en él uno de los rasgos magníficos de la obra sublime del Creador, leyendo en ese libro

misterioso de la naturaleza, escrito con caracteres imborrables por la mano de Dios.

Dejad que en plácidos ensueños se deslice mi barquilla, sobre la tersa superficie de ese espejo donde se retratan los tupidos y altos arbolados naturales, de perenne verdor que bordan sus orillas, mudos testigos de tantas acciones heróicas, de los primeros acentos de la fé, y del martirio tambien desde los remotos tiempos en que Solis, Gaboto y Álvarez Ramon pisaron sus arenas.

Dejad que despertando, salude con emocion y respeto los sitios silenciosos y célebres donde un día plantó su tienda el famoso Artigas, y donde el heroismo de Treinta y Tres legendarios Orientales, con Lavalleja á su frente, desplegaron al viento la simpática bandera de la redencion de la Patria, jurando vencer ó morir por ella.

II

El Uruguay!.... ¡Qué pintoresco, qué magestuoso aparece á la vista!—La primera vez que lo ví, 40 años há, quedé encantado.—Lo navegaba en un buque de vela, porque hasta entonces la navegacion á vapor era desconocida en esa corriente de agua que ahora surcan palacios flotantes esparciendo sus espirales. Contemplándole, pregun-

tábale mentalmente de qué regiones venía y á dónde iba. En su mudo lenguaje, parecía responder, vengo de lejanos lugares, bañando en mi curso las costas de espléndidos territorios en más de 300 leguas, para ir á engrosar *el río como mar,* que la ilusion ó el egoismo humano llamó *Río de la Plata;* queriendo decir, río de la libertad, de la prosperidad, de la vida futura, confundiendo mis aguas con las del Paraná en el Guazú, para derramarlas en la inmensa vía acuática del comercio y de la sociabilidad de los mundos, llamada el Océano Atlántico.

Decis bien.—El Río de la Plata es hijo de dos ríos de gracia y de poesía: Uruguay y Paraná,—como para dar á entender que la libertad y el progreso de los pueblos son hijos de las musas. El Océano es la unidad, la vida misma del espíritu humano. Sin ese lazo divino, la humanidad no fuera un solo y mismo hombre, que vive siempre y continuamente progresa.

Entramos al Uruguay, dejando á la derecha el Carmelo, la creacion de Artigas—y á esa altura la Isla Sola. ¡Cuánta belleza en la perspectiva! Una sonrisa inefable, es la expresion de las impresiones plácidas del viajero. A unas seis millas de navegacion se halla la estancia de Castells, construida con subterráneos, desde remotos

tiempos por los Jesuítas, con la entrada á unas cuantas millas de distancia del arroyo de las Víboras. Más adelante, Punta Gorda, solitaria y desierta entonces, y en cuya prominencia descuella hoy el Obelisco iniciado y erigido por Domingo Ordoñana á la memoria del inmortal Solis, del insigne Gaboto y de Álvarez Ramon, primeras figuras históricas en el descubrimiento de estas regiones y en la exploracion del Uruguay.

Siguiendo aguas arriba, se encuentra Higueritas ó Nueva Palmira, la primera poblacion ribereña entonces hasta Paysandú; y más adelante, la Punta de Chaparro y el arroyo Gutierrez, lugares históricos de la Agraciada donde desembarcaron los Treinta y Tres patriotas Orientales el año 25, entonces solitarios tambien, y donde hoy se destaca la modesta columna levantada por el patriotismo el año 81 en recuerdo de aquellos héroes.

Continuando la navegacion á merced del viento, ya favorable, ya contrario, llegamos al Yaguarí, donde desemboca el Rio Negro. Se hallaba allí de estacion el *Pandeur*, bergantin de guerra francés, cuyos nobles marinos acababan de regresar de esparcir en los montes del Uruguay cantidad de naranjas dulces, con la idea de que germinasen sus semillas, y acaso un día matizasen sus selvas el naranjo y sus azahares.

Inmediato á las islas del Yaguarí, aparece el Rincon de Haedo, donde la victoria coronó un día las armas de la Patria, dirigidas por Rivera.— No pacían en sus campos las haciendas de otro tiempo, que los cubren hoy, alimentando las grandes faenas del valioso establecimiento de Liebigs.

Doblándolo, aparecen las barrancas de Fray Bentos, donde apenas se percibe á sus inmediaciones los vestigios de la higuera que dió sombra el siglo pasado al hermitaño de que tomó nombre el lugar.

De ese sitio desierto y solitario de aquella época, surgió un pueblo como por encanto, á favor de la paz y de la libertad; y en pos de él, la famosa fábrica de Liebigs, donde la mano de la industria elabora el celebrado extracto de carne de ese nombre, reputada en su clase el primer establecimiento de Sud América.

Remontando el alto Uruguay, no se veían sino costas desiertas hasta las Villas de Paysandú y Salto, únicas poblaciones que asomaban sobre el litoral del Uruguay, desde Palmira.

Ahora, otro es el cuadro que se dibuja en sus riberas, y en la superficie del correntoso río. Coronadas de nuevas poblaciones y establecimientos valiosos de industria y comercio, que se

extienden hasta el confin del territorio Oriental, como Villa Alejandrina, Independencia, Nuevo Berlin, Guaviyú, Constitucion, Belen y Santa Rosa, los establecimientos de Bopicuá, Wendlestag, Roman, Bella Vista y otros, que dan vida y movimiento á aquellos lugares, entrelazados con los faeneros de carbon y leña. Y por último, el astillero del Salto, y los productivos viñedos, como el de Harriague, que dan rico *vino de la tierra*, han cambiado el aspecto de aquellos parajes, ensanchando sus horizontes y augurando un próspero porvenir.

Cientos de velas lo navegan.—El chalanero boga alegre en su barquilla en torno de las islas. El vapor surca sus aguas, acorta las distancias, acelera la comunicacion y facilita los transportes.

Parece que sus bosques sonríen más, que sus ramas inclinadas besan más contentas las aguas que bañan su pié, y que las avecillas que los pueblan y alegran con su variado plumaje y sus trinos, se concertasen para acompañar más plácidas el progreso, el movimiento y la prosperidad de aquellos sitios pintorescos, que se retratan en el espejo de las aguas del Uruguay.

XV

La Costurera

Amalia era una jóven costurera que vivía con su abuelita en el barrio de los Capuchinos, cuando aun el tranvía no había aparecido por aquella parte de la nueva ciudad. Cosía indistintamente para el Registro de San Miguel y C.ª ó algun otro, así como para la fábrica de camisas de Carbonell ó de Barouquet. Acostumbraba llevar sus costuras á entregar á fin de semana, con su libreta de apunte para el cobro.

Era sábado, Amalia madrugó mucho para revisar las costuras y doblar las piezas para salir á entregarlas. Contenta como unas pascuas, le dice á la anciana que ya estaban prontas y que le ayudase á atarlas.

La buena señora empieza á preparar los atados. Mientras tanto, Amalia se dirije al espejo, para arreglar su sencillo tocado, y dar más blancura á su rostro con los polvos de arroz, pero, como á todas las muchachas llenas de gracias naturales, le ha bastado, para estar *monona*, cambiar su vestido casero por el de percal color jacinto, estrenado el domingo pasado para ir á misa al Cordon

con Isabel y Ramoncita, sus vecinas, y colocar por todo adorno en la cabeza, una cinta celeste, graciosamente.

—Ya estoy pronta, mama vieja, le dice, cuando quiera iremos, no sin mirarse de perfil y por última vez en el espejo.

—Bueno, vamos ya Amalia, le respondió la señora. Y en seguida se presenta ésta trayendo en cada mano un atadito. Amalia tomó uno de ellos, el más chico, no sin hacer una mueca, más de pena que de enfado, pensando en ese momento que sus amigas Dolores y Laura tienen un negrito que les lleva las costuras, mientras ella tendrá que llevarlas por sí misma, cruzando las calles, y pasar por la del 18 con su envoltorio.

Pero este puntillo de amor propio, tan escusable en toda jóven, no dura más que un instante, teniendo en cuenta el uso del día, en que señoras y señoritas no esquivan llevar por sí propias el envoltorio de lo que compran en las tiendas, mercerías ó bazares, ó sus canastitas al baño.

Amalia sale adelante llevando al brazo su atadito de costuras, seguida de la abuelita que conduce el otro. Caminan un poco apresurado, pues viven distante de la ropería, en una de las primeras casitas blanqueadas de Migone, donde no se siente el ruido incesante de los vehículos y

demás, que aturden y marean el cerebro de los que moran en el centro de la ciudad, pero donde pasan contentas, pudiendo salir á cualquier hora á dar un paseito por los alrededores con su traje casero, sin que nadie las critique.

Amalia y su acompañante han hecho ya buen camino con sus atados, saliendo á la calle del 18. De pronto, Amalia se detiene, y haciendo un gracioso gestito, con que procura finjirse contrariada, exclama:—Pero señora, ¡por qué se queda atrás! Jesús! si parece que viniera haciendo estaciones.

—*Caminá*, muchacha, *caminá*, le dice la abuelita, poniendo cara seria.

Amalia no comprende, ó si lo comprende se guarda de demostrarlo, cuál es la intencion de la buena señora.

Quiere lucir á la nieta: eso es todo.—Diríase, que se le caía la baba al verla tan bien parecida con sus quince Abriles.—¡Cosas de madre señora!

Por fin, ya están en la fábrica. La anciana entra jadeante y sudando.—Amalia repartiendo besos á sus amiguitas costureras como ella, que han ido tambien á entregar costuras. Doce ó quince jóvenes y maduras se extienden á lo largo del mostrador. ¡Qué vocerío! Todas quieren ser atendidas á la vez. Que les reciban las costuras y les den más, y les sumen sus libretas.

Los dependientes reciben y entregan costuras. El pagador anda de acá para allá pagando la labor ímproba de seis días, con el vil metal, cuyo valor no se explican las pobres muchachas, para quienes la vida tiene ideales más bellos; pero que lo reciben con alegría, porque representa el sustento propio, y el de sus ancianas madres ó de sus hermanitos.

Llega su turno á Amalia.—¡Qué desagrado! Tiene que habérselas con don Claudio, el más regañon de la casa, que á todo pone *perós*, y gracias sino rechaza las costuras. Amalia y sus compañeras no lo quieren por su modo brusco y exigencias, y se desquitan riendo y cuchicheando entre sí, poniéndole mil defectos.

Por fin, dícele don Claudio,—Señorita, este dobladillo está mal, se está deshaciendo.—¡Mire usted qué costurones!

Amalia se pone roja como la grana.—Sostiene que está bien, y como don Claudio insistiese en que no, alega ella de que en todo caso, debía disimularse cualquier defecto que pudiese tener la costura, para la miseria que se pagaba de hechura. Si fuera como antiguamente, en que se pagaban hasta dos pesos por la hechura de una camisa, como lo cuenta mama, podrían ser más exigentes con la costurera. El hombre se sulfura y le de-

vuelve la pieza con estas expresiones:—«Señorita, esto tiene falla, no está de recibo.» Revisadas las demás, fueron admitidas sin observacion. Vino el pagador, y le abonó el importe correspondiente, que inmediatamente guardó Amalia en su cartera, como fruto de su trabajo de seis días, quedando convenida en volver el lúnes por nuevas costuras.

Se retiró con su mamá vieja, murmurando algunas palabras sobre don Claudio, regresando á paso mesurado por la misma calle hasta el hogar, para descansar el domingo de la tarea con que ganaba el pan honradamente.

XVI

El corsé

Sin duda alguna, el uso del corsé tiene su lado bueno y su lado malo. Usado con holgura, bueno; pero ajustado con demasía, malo para los pulmones.

El ajustamiento extremado en el uso del corsé, ha causado en el mundo elegante no pocas víctimas de la imprudencia.

Hay en las jóvenes predisposicion á ajustarse, para aparecer con una cinturita esbelta, poco menos que semejante al talle de una muñeca,

pero ¡cuidadito con las consecuencias! Las bonitas formas suelen costar caras.

«Estrechad vuestras cinturas—dice un observador tratando de la moda—pero tened entendido que cuando el disecador vaya á buscar en vuestro seno un corazon, se encontrará con una avellana».

No se puede respirar con los pulmones pegados, oprimidos por el corsé. Una dama prensada, oprimida, ahogada elegantemente, sacrificada por el corsé, es capaz de desmayarse del ruido que hace una puerta al cerrarse súbitamente.

La que quiera gozar salud, dando respiro á los pulmones, evite los extremos en el uso del corsé, con que tienta la moda.

Si la moda lo impone, tened presente el consejo de María del Pilar Sinués:—«Debeis amar á *la moda* como á una amiga; pero no debeis ofrecerla sacrificios como á una Deidad.»

Convenido que la soltura absoluta podrá ensanchar las carnes, y no dar á las formas la belleza y disminucion que busca el modismo con el sistema de la estructura, pero en cambio, ajustándoos con demasía, impedireis la libre circulacion de la sangre, el libre respiro de los pulmones, sentireis á la corta ó á la larga las molestias del pecho y del estómago, que raras veces conoce la campesina, extraña á las imposiciones rigorosas

de la moda, que respira salud por todos los poros.

XVII

Maldonado visto del mar

¡Qué linda vista ofrece Maldonado visto desde á bordo, cuando va uno en viaje de Montevideo, y se aproxima la nave que lo conduce á aquel puerto de mar del Río de la Plata!

Por el Norte, aparece una costa cubierta de montañas y cerros elevados, entre los que descuella el Pan de Azúcar, con una vegetacion relativamente exuberante, y una playa extensísima, que parece formada de lápidas de oro.—Tal es la limpieza y brillantez de sus arenas.

Por el Sud, la Isla de Gorriti y la punta tradicional de la Ballena, formada por rocas negras que tienen la configuracion de un enorme cetáceo.

Por el Este, la punta del mismo nombre, donde está el edificio de Aduana, que dista legua y media del Pueblo, y entre éste y la costa Norte el pueblo de Maldonado, del que sólo se ven las torres de la Iglesia, destacándose entre extensas arboledas.

Entre las puntas del Este y la Ballena, la gran

embocadura del Océano, que da acceso á los buques que van y vienen del viejo Mundo, y á un costado de esa gran masa de agua, la torre de la Farola, que se divisa desde larga distancia.

Bonita vista, perspectiva agradable, digna de una copia en el Álbum de curiosidades nacionales. Los arenales estériles de aquellas playas que los besa el Río de la Plata, ah! si los vistiesen dilatados gramillales, y frondosos y elevados pinedos!....

XVIII

Los baños

Edelmira, con su familia y otras amiguitas, iban de paseo á Santa Lucía en el ferrocarril Central.

Desde que partió el tren de la estacion, recreábanse en el miraje de la bahía, el Cerro, las fábricas, el campo Euskaro, la gran destilería Capurro, y el conjunto de lindas quintas y bonitos edificios que hermosean el trayecto del Miguelete.

Al cruzarlo, el jefe de la familia que lo contemplaba reflexivo, decíales:—todo eso, en otro tiempo, era playa, médanos, barrancos, despoblados, que crucé tantas veces cabalgando en un brioso oscuro de lo de Cherine, y que el progreso material é industrial de Montevideo ha transfor-

mado en hermosa poblacion y foco de industria, animada por la locomotora.

Las muchachas iban en alegre plática hablando hasta del Politeama y las carreras inglesas, cuando una trajo á colacion los baños de Capurro y el gran establecimiento balneario, visto de lejos destacarse en la punta N. O. de la ciudad. Y los baños fueron el tema de la conversacion.

En el Río Santa Lucía hay lugares deliciosos para baño, á la sombra de los árboles que lo bordan—decía una de ellas.—Yo los prefiero á los baños de mar, á pesar de las comodidades que ofrecen los de la ciudad sobre el Plata.

Pues para mí—contestóle Rufina,—no hay como los baños de mar, que creo más tónicos y saludables; y prefiero tomarlos en los Pocitos, que reunen tantos atractivos, tienen tantas comodidades y son tan concurridos. Particularmente ahora que el camino está compuesto y pintoresco con los árboles, y se divierte uno tanto con las regatas y la música, donde las horas se deslizan alegremente hasta tarde de la noche.

Verdad es que están un poco distantes, y suele uno tener que ir á veces como sardinas en tarro en los trenes.

Pues hijita,—le dice María—para mí no hay como los de Ramirez, que tienen comodidades

semejantes á los de los Pocitos; buena playa tambien, mucha concurrencia y música que alegra. Cierto es que en parte el camino es un poco incómodo, pero están más cerca y el transporte es más económico que el de los Pocitos.

Eso va en gustos—contesta Cándida.—En unos y otros hay comodidades, buena playa, y excelente servicio, animacion y concurrencia, y las aguas son iguales del Plata. Tienen cuerdas de qué asirse las bañistas, y botes salvadores en caso de peligro.

Sí, responde Luisa,—pero con todo eso, casi se ahoga una jóven el otro día, y gracias á la señorita Brendell que la salvó, que es una excelente nadadora.

—Va, les dice doña Pepa, esos son incidentes casuales, que pueden ocurrir en cualquier parte, particularmente cuando uno no sabe nadar, y se va sin pensarlo á la hondura. Por eso es conveniente ejercitarse en la natacion, como lo hacen algunas en Gounouilhou donde aprenden á nadar. Me acuerdo que ahora tiempos, Margarita Faget salvó en el muelle á un niño que se cayó al agua é iba á perecer ahogado. Al verlo, ella se arrojó vestida al mar, y lo salvó animosa, confiada en que sabía nadar perfectamente.

Hace algunos años que Paulita Perez, bañán-

dose al costado del Templo Inglés, casi pereció ahogada por no saber nadar, salvándola un jóven á quien no conocia, y con quien despues se casó la señorita.

No ha mucho que en la playa de Santa Ana, ocurrió un caso semejante. —La que no sabe nadar, debe ser precabida para no exponerse á una desgracia.

—Es cierto, responde Rosaura, como que yo me hallaba en ese baño.

—Dice bien doña Pepa,—contesta Dionisia,—mis baños eran en la canaleta, sin peligro cuando no sabía nadar. Pero con un poco de ánimo y el auxilio de los mates aprendí la natacion en los baños del buen vizcaino Urquía, y desde entonces he solido ir á bañarme á los Pocitos ó á Ramirez, pero este verano lo he hecho en el gran establecimiento balneario adyacente á lo de Gounouilhou, que arrebató al mar y á los peñascos de antes, más de una cuadra, para convertirlo en tierra firme y levantar sobre él el valioso edificio de ese notable establecimiento.

Pues, patitos al agua, que yo me quedo en tierra con el antiguo de Goyoneche, vecino de los bizcochos de Reitú,—les dice sonriendo el buen señor que las escuchaba.—Lo que es por establecimientos de baños, no se han de quedar ustedes

sin bañarse en Montevideo, porque hay dónde elegir á placer, hasta en las carpas de á vinten en la calle del Paraguay, ó en las casillitas á dos vintenes en la del Río Negro al Sud. Pero cuidado con algun *maremoto*, como aquel del susto del 84 y 87.

Si alguna prefiere el agua dulce, vamos en viaje á Santa Lucía, donde podrá tomarlo á medida de su deseo, sin miedo de los tigres como ahora 50 y más años, en que esos habitantes de los montes y pajonales del desierto, solían aparecerse sin ceremonia, como lo hicieron ahora 80 años, nada menos que en la ciudad de San Felipe y Santiago, como dice la crónica del *Montevideo Antiguo*.

XIX

Juegos infantiles

Las niñas juegan á las muñecas y gustan de tener una muñeca linda. Es el juego predilecto de la infancia en el hogar, donde empieza á aprender insensiblemente á vestirla, adornarla, prepararle la cama ó acostarla en la cunita; funciones inocentes, que más tarde será llamada á desempeñar en la familia.

Con sus muñecas juegan á las visitas, á las comadres y á los bautizos, imitando alegremente lo que ven candorosas en la sociedad.

Dejémoslas solazarse en sus juegos infantiles, contentas con sus muñecas, y el mobiliario, utensilios de mesa y de cocina, el cochesito, el gallito, la ovejita, el perrito, el ferrocarril y tantos otros objetos propios de la niñez, que la mamá ó el papá se desvive en proporcionarles del Bazarcito, del Bazar Enciclopédico, ó de otro cualquier establecimiento donde se expenden juguetes.

Las que fueron niñas antes, y son ahora mayorcitas, ó mayores en edad, tambien jugaron en su tiempo á las muñecas.

Eran su distraccion inocente, como el jilguerito á Aura, la cotorrita á Justina, la torcaz á Lala y el cardenal á Josefina. Muñecas y avecillas. Todas querían sus muñequitas para jugar.

Y cómo no!—Si fué y es el juego propio de las niñas, que no juegan al trompo, ni á la pelota, ni á la cometa, ni á la rayuela, ni á los carozos, ni á las bolitas, ni al cara sucia, como los varones.

Antiguamente, en sus reuniones infantiles, jugaban las niñas, además de las muñecas, á las esquinitas, á las escondidas, al gallo galguero, á la gallinita ciega, á las jarritas, á los altares, á la sesta ballezta y á otros juegos por el estilo.

Ahora juegan á las cunitas, á los colores, al hilo de oro, hilo de plata, á la mancha, á la torre en guardia, á la paloma blanca, y á otros juegos semejantes, en hilera, asidas de la mano, ó formando rueda al compás del—

Hilo de oro, hilo de plata,
Que jugando al ajedrez
Una señora me dijo
Qué lindas hijas tenés.
Que las tenga ó no las tenga,
Yo las sabré mantener;
Con el pan que Dios me ha dado,
Ellas comen, yo tambien.

ó con este otro:

Estando una blanca paloma
A la sombra de un verde limon,
Con el ala cortaba la rama,
Con el pico cortaba la flor.
Ay! ay! si la viese mi amor,
Ay! ay! cuando lo veré yo.

Apostaríamos á que la blanca paloma del juego de las niñas, no era la mensajera del fin del diluvio, aparecida con el olivo en el pico: ni tampoco ninguna *paloma correo* de aquellas que

por vía de ensayo soltó *El Siglo* el año 72 hacia Buenos Aires con buena nueva, sino la palomita de la inocencia de Cesarina, Bertita, Nema, Nina, Delia, Alicia, y de toda la pléyade de chiquilinas alegres y graciosas, que al regreso del colegio buscan expandir el ánimo en sus juegos infantiles.

Dejábamos en el tintero el de saltar la cuerda. ¿Adivinen por qué?—Porque ese no es como el de los colores, de la ollita, del hilo de oro ó de la palomita blanca, sin peligro de una desgracia. ¿Se acuerdan ustedes de la ocurrida á la malograda señorita Larravide? ¡Pobre señorita! Saltando la maldita cuerda se fracturó una pierna. Hubo que amputársela á la desventurada. Sufrió la operacion resignada.—Salvó, pero quedó obligada para andar á usar de la muleta.—El espíritu de aquella preciosa señorita, fué labrándose con su estado, agostándose al fin en flor, su existencia.

Otros casos desgraciados han ocurrido con eso de saltar la cuerda.

Mírense las niñas en ese espejo; y mucho cuidado con la cuerda.

XX

La seda

Hablaremos hoy de la seda, con preferencia á la lana, al hilo y al algodon, aunque de todos esos tejidos vestimos.

La seda, en sus distintas aplicaciones, nos da las más ricas telas para el vestido, y tantos otros objetos que nos sirven de adorno, como la pasamanería.

Desde antiguos tiempos, el raso, el terciopelo, el brocato, la espumilla de colores, el tisú, el tafetán, la sarga, el pequín, el gró de Nápoles y otros géneros de pura seda, eran el lujo de las elegantes. Muchos de esos han prevalecido, bautizados algunos con otros nombres de moda ó alterados con mezclas, pero lo cierto es que la seda hace el gasto y la luce nuestro sexo.

¿A cuál no le gusta el moaré, el surah, el pequín, el ramadé, el otomando ó el fular para un vestido? Quién no gusta, teniendo cómo, vestir seda, en vez de otra tela inferior?

Desde el tapado hasta la media; desde el pañuelo hasta el guante; desde el sombrero hasta el botin; desde el cubre polvo hasta la sombrilla,

y desde el acolchado de cama, hasta el tapizado del juego de sala, toda la elegancia luce las manufacturas de seda, de todas clases y gustos de que nos surten las fábricas de Europa.

El corsé de seda, la enagua de seda de colores, y hasta la camisa de novia, hecha de rica seda, que empieza á estar en voga, vienen con el uso, á valorizar más los tejidos de esa materia, aumentando el consumo.

Hay que convenir, que la seda es un valioso producto, de que la industria sabe sacar partido en la multitud de sus aplicaciones.

Es evidente, dice otra.—Sus usos son muchos. La seda torcida para coser y marcar; la desflocada para bordar; el cordoné para ojalar.—Tras ella andamos siempre en las mercerías, buscando el carretel, la madejita ó la madeja de varios colores para las labores. Y qué lindos y delicados trabajos de bordado, produce generalmente la mano y el buen gusto de la mujer Oriental!

Así es, en efecto, repone otra, y nada me agrada más que ver á una niña ó señorita, ocupada en su bastidor, bordando de realce un perezoso, un almohadon, un toallero, una pañuelera ú otro cualquier objeto de adorno.

Con la seda se hacen primores.—Empleamos su finísima hebra en tantas cosas, hasta para

introducirla en la abertura de la orejita de la niña, cuando la abuelita ó la tía se la abre para el aro. Todo está muy bueno, pero sepamos cómo se produce la seda.

El gusano de seda es el productor. Una oruga, un gusanillo que se transforma en mariposa, es quien nos da ese rico producto. Vale decir, la materia prima, para la confeccion de tantas cosas que debemos á la industria manufacturera.

El gusano de seda, es originario del Oriente, y en particular de la China, como lo habrán leído en algun libro. Es la oruga de una especie de mariposa llamada *bombyx*, sus huevecillos ó granos de color parduzco, son poco más ó menos del tamaño de una cabeza de alfiler. El frío se opone á su desarrollo, pero en los climas templados como el nuestro, se las puede conservar largo tiempo, si se tiene cuidado de sustraerlas al calor del hogar ó al de los rayos solares.

Cuando sale el insecto del huevo, se presenta bajo la forma de un gusanillo parduzco, con la cabeza negra. Se alimenta con hojas de morera blanca, que debora con avidez. Al cabo de un mes y medio proximamente, ha acabado de crecer. Entonces, la oruga se establece en alguna rama, donde construye con la seda que saca de su

cuerpo, un capullo de forma ovalada, dentro del cual se encierra enteramente.

Terminado el capullo, experimenta la oruga una primera metamórfosis. Entonces se las llama *crisálidas*, permaneciendo unos ocho dias en ese estado, al cabo de los cuales rompe el capullo y aparece en la forma de mariposa blanca. Sus alas son incapaces de sostener su grueso cuerpo, pudiendo solamente arrastrarse lentamente al rededor del sitio donde ha nacido. En esos momentos fecunda, y cuando ha puesto los huevecillos, muere prontamente sin procurar alimento.

Los huevitos se recojen y acondicionan entre algodon para conservarlos para nuevas crias.

Devanando el hilo de los capullos cosechados, se obtiene la seda, que hilada despues, tiene tantas aplicaciones en la industria.

Qué bueno sería que en nuestro país se propagase la cría del gusano de seda. No queda duda que se presta para ello, y que la mujer puede ser una obrera inteligente en esa industria.

¿Sonríes de lo que digo? Pues escucha.

Hace muchos años que el padre Larrañaga introdujo la plantacion de la Morera en el Miguelete, que sirve de alimentacion al gusano de seda, y en seguida hizo traer de Europa los huevecillos de la oruga, y ensayó la cría del gusano de seda,

con tan feliz suceso, que cosechó hermosos capullos de seda. Con su producto elaborado, mandó tejer una bolsita para dinero, de las que se usaban en aquel tiempo, y un par de medias de seda, con las que fué sepultado á su fallecimiento.

Catalá y Codina, siguió sus huellas en Paysandú, y logró cosechar tan buena seda, que remitió alguna de ella á Lóndres, donde se pagó á buen precio.

Posteriormente, Adolfo Meyer, renovó el ensayo, con resultado satisfactorio en un año de trabajo. Más tarde, el doctor Bertelli, efectuó otro ensayo en su quinta, en la Aguada, con tan buen éxito, que elaboró con la seda cosechada dos pañuelos y dos grandes madejas.

El general Moreno, por placer, dedicóse en su quinta, en el Miguelete, á un nuevo ensayo, con la satisfaccion de poder exhibir en los escaparates de la Mercería de Bousquet, hermosas muestras de su seda cosechada.

Otro aficionado en la estacion *Progreso,* ensayó la cría del gusano de seda, consiguiendo tan buena cosecha que hizo elaborar con su producto un chalsito de seda pura.

La Granja *Cibeles,* persiguiendo el mismo ideal, puso en exhibicion la excelente seda cosechada en sus ensayos de la cría del gusano productor.

Últimamente, una señora, por puro gusto, se contrajo en la vecindad de Montevideo, estudiosa y paciente, á la cría del gusano de seda con resultado satisfactorio, cosechando de 5 á 6 kilógramos de seda. Aprovechando la existencia de una hiladora en Punta Carreta, hizo hilar con ella una porcion de seda cosechada ahora dos años, y con la cual se tejieron aquí algunos objetos, además de una docena de pañuelos que mandó hacer á Buenos Aires.

Alentada con el éxito, continúa gustosa en su ideal, prometiéndose para el verano otra cosecha.

Bien puede hablarse del milagro sin nombrar el santo, y como las amiguitas que me oyen, no han de pecar de curiosas, á pesar de lo que se atribuya á nuestro sexo, me guardaré de nombrar á la bondadosa señora de la referencia, aunque pudiera llamarse Juanita de Rama.

Lo que me gustaria es, que tuviese imitadoras, para poder tener el gusto de llegar á poseer muchos objetos fabricados con seda oriental.

XXI

La Madre

Madre! — Nombre sublime y bendito, dulce como la felicidad.

La madre es el faro que nos ilumina en la nebulosidad de la vida. Es el ángel que vela nuestros sueños infantiles, la que recoge nuestro primer aliento, la que sufre si sufrimos, la que sonrie, y goza en nuestras alegrías, cifrando toda su ventura en la dicha de sus hijos.

Al lado de una madre buena y virtuosa, se aspira un perfume de santidad que purifica.

La madre, es nuestra mejor consejera, nuestro consuelo en las adversidades de la suerte.

La madre, es la primera institutriz, desde la choza más humilde, hasta el palacio más suntuoso. Es su rol, en el mundo, sea pobre ó rica, labrar la felicidad de la vida de los seres á que dió existencia en el seno maternal; depende de ella, la educacion que reciban, estando tambien en sus manos la moralidad de sus hijos.

La madre, es la gran influencia del Universo, porque sobre sus rodillas reforma la sociedad.

La importancia de la madre en nuestra vida

moral, y en nuestra vida física, es grande, inconmensurable.

No hay mision más elevada para una mujer, que la de madre, si la llena cumplidamente.

La vejez no existe para la buena madre. Deja de ser bella sin pensar, al ver que su hija empieza á serlo. — Se desprende de todas las frivolidades mundanas, y sólo piensa en adornar al ángel que llena completamente su alma. Una buena madre hace más en provecho de la moral, que los libros de los filósofos, porque las ideas que inocula en la mente de su hija, no las olvida jamás.

¡Benditas sean las buenas madres! Las que lo son, expresan el ideal divino descendido al corazon de la mujer.

¡Benditas tambien las buenas hijas, cuyo amor filial sabe corresponder al santo amor de la madre en todas las situaciones de la vida!

Hay huérfanas en el mundo que lloran la falta de una madre. Son dignas de lástima, si no tienen en su orfandad quien vele por ellas, y supla en cuanto sea posible el vacío dejado por la que voló al cielo.

¡Dichosa todavía aquella, que huérfana en el mundo, encuentra un árbol que le dé sombra, un ángel que la guíe por el sendero de la virtud, haciendo las veces de madre!

¿ Qué habría sido, qué sería de la pobre niña sin madre, sin la sombra, sin el apoyo, sin la guía de la bendita mujer que la amparase en la orfandad, que velase por su bien?

¡ Cuánto respeto, amor y gratitud no le debe, á la que se impuso en la vida la noble y santa mision de servirle en su infortunio, en su tierna orfandad, de madre, tutelándola con su proteccion y cuidados amorosos, sirviéndole de segunda madre!

PARTE SEGUNDA

I

Economia doméstica é higiene

La economía doméstica es el conjunto de reglas, para el mejor uso que puede hacerse de los productos de nuestro inmediato consumo, y de los recursos que poseemos.

La madre de familia es la primera que debe observarla, y las niñas, que son las futuras madres, deben, desde pequeñas, acostumbrarse á imitarla.

La economía, sin que dejenere en rústica mezquindad ó miseria, conviene, sin duda, á todas las clases sociales, pero ella se impone por deber y necesidad á las menesterosas, á las de escasa fortuna, que no pueden derrochar como la opulencia. Los pudientes podrán gastar sin medida, sin preocuparse del ahorro, pero los que no lo son, en su condicion humilde deben observar siempre las reglas de la economía doméstica.—Con ellos rezan.

BUEN EMPLEO DEL TIEMPO

El primer cuidado debe ser el buen empleo del tiempo. El tiempo es la tela de que se compone la vida y no debe malgastarse. Procediendo con órden, hay tiempo para todo, hasta para las distracciones regulares de la vida.

La costumbre de madrugar es tan conveniente á la salud, como para el desempeño sin precipitacion de los quehaceres domésticos.

La madre de familia debe levantarse temprano para el arreglo de la casa. Si tiene hijos menores, podrá atender á los cuidados que exija el régimen de la casa, antes de que despierten, y prepararlos despues para enviarlos al Colegio ó á su trabajo, ó para sus ocupaciones caseras.

Si tiene sirvientes, éstos no se harán haraganes, sino activos en el servicio doméstico, vigilados por la señora de la casa.

Las niñas deben levantarse temprano para tomar el té ó el mate, arreglarse y aprovechar el fresco de la mañana para repasar sus lecciones, ó adelantar sus labores, ó ayudar á sus madres en los quehaceres domésticos.

GASTOS

Debemos consultar la posible economía en los gastos domésticos, haciendo por sí las cosas más indispensables, cuando las circunstancias no permitan tener sirvientes.—Quien lo sabe hacer, lo sabe mandar.

Deben evitarse los gastos innecesarios, supérfluos, haciendo sólo los necesarios conforme á nuestra posicion y recursos que tengamos, sin dejarnos llevar por imprevision, vanidad ó mal ejemplo á gastar lo que no podemos. Quien gasta en lo supérfluo, acaba por tener que vender lo necesario.

Sólo en casos de absoluta necesidad, podremos gastar más de lo que montan nuestras entradas.

Si tenemos ó ganamos como 4, y gastamos como 8, contraeremos empeños, ó nos quedaremos sin nada de reserva, para otras necesidades.

Debe llevarse cuenta de los gastos que se hagan, distinguiendo los ordinarios de los extraordinarios, los de necesidad y de simple comodidad, porque quién gasta sin órden, se expone á gastar más de lo que puede, y casi siempre más de lo que crée, no llevando apunte.

Este apunte diario salva dudas sobre los pagos ó anticipos que se hayan hecho, por insignifi-

cantes que sean, como tambien de los préstamos efectuados. Tambien debe apuntarse lo que se recibe.

Satisfechas las necesidades primordiales, puede pensarse en los gastos de comodidad y de distracciones inocentes, que hacen grata la vida y animan al trabajo, pero sin excederse de lo regular.

Es mejor gastar en alimentos, que en adornos y juguetes.—En pan, que en perfumes; en máquina de costura, que en lujosos trajes y muebles. Los objetos duraderos y de labor, tienen la ventaja de sernos más útiles, y prestarse á otros ahorros.

VESTIDOS

En el vestido, el primer cuidado debe ser proveerse de suficiente ropa blanca, para el aseo interior. La ropa blanca debe marcarse y numerarse, para que no se confunda con la ajena ó extravíe en el lavadero. Debe guardarse limpia, planchada y bien acondicionada, aparte, si fuese posible, de la de color. Un pequeño saquito con alucema ó trébol de olor colocado entre ella, le dará un perfume agradable.

Debe tenerse, tres mudas de ropa blanca por lo menos.—Una para el uso, otra para el lavado y otra de repuesto ó reserva.

Debe mudarse uno la de uso interior semanalmente cuando menos. En verano, con más frecuencia que en invierno, por el sudor. Conviene mudarla á menudo, tanto para facilitar la traspiracion, y conservar el aseo que importa á la salud y á la decencia, cuanto porque la ropa muy sucia se deteriora.

La ropa de uso debe recorrerse antes del planchado, zurcirse, componerse si lo requiere, proveerse de botones, cintas y broches; ó de punteras ó plantillas á las medias, cuando lo necesiten para poder usarse.

La que se considere inservible, no debe tirarse, sino conservarse, especialmente la blanca, para trapos, necesarios siempre en una enfermedad, ó para proporcionarlos á los necesitados.

La ropa de deshecho ó que queda chica, tiene su aplicacion conveniente en una familia económica. Si no está demasiado usada, puede destinarse á los menores, achicándola, ó á los sirvientes, ó para darse á los pobres.

En el pobre, vale más la ropa zurcida, remendada y limpia, que presentarse cubierto de harapos, roturas y suciedades.

Todo puede utilizarse, hasta los retazos de géneros, con los cuales la mujer hacendosa hace colchas, destinando los de paño para hacer carpetitas, cubre piés y otros objetos económicos.

La ropa de color no debe exceder el número indispensable para el uso, porque, de lo contrario, obliga á gastos que deben economizarse; porque si pasa de moda, no podrá usarse, á menos que se reforme, y rara vez quedará tan buena como se desearía.

En invierno debe uno proveerse de ropa de abrigo, así como de buen calzado, para evitar la humedad en los piés. En verano debe uno proveerse de ropa propia de la estacion, utilizando en lo posible, la del año anterior que tengamos, y que conviene guardar sin almidonar, porque el almidon suele cortarla.

La ropa de color, así como todo otro objeto de uso que pueda sufrir deterioro por la humedad, el polvo ó la polilla, debe ventilarse y limpiarse de cuando en cuando para conservarla en buen estado. Lo mismo debe hacerse con la ropa de cama, colchones y almohadas.

La ropa de paño necesita sacudirse, cepillarse y ponerse al sol, para conservarse.—Si se tiene en percha, conviene cubrirla con una cortina para preservarla del polvo. Si en la cómoda ó estante, debe usarse el alcanfor ó pimienta en grano para preservarla de la polilla. Las manchas ó grasitud se sacan con amoniaco, ó palo de jabon. Las de sebo ó espelma, pueden sacarse aplicando una plancha caliente sobre papel de estraza.

El calzado que se deteriora por el uso, puede componerse, economizando el gasto de otro nuevo, ya mandando ponerle medias suelas, punteras ó tacos, y ya cosiendo la rotura, que lo hagan servible. Conviene evitar el resecamiento del cuero con unto sin sal, ó grasa en rama y lustrarlo.

La comodidad del pié en casa, y la economía en el calzado fino, puede consultarse con el uso de zapatillas ó de otro calzado de menos valor en la vida interna del hogar, donde las exigencias de la sociedad no obligan á otros usos.

PROVISION ALIMENTICIA

Siempre que sea posible, conviene proveerse por mayor de los artículos de almacen, y otros de los más necesarios para el consumo de casa.— Así pueden obtenerse á menos precio que al menudeo, y se ahorra tiempo y servicio para buscarlos cuando se precisan.

Conviene efectuar su compra por peso ó medida métrica, para evitarse el fraude, haciéndolo por libra ó cuarta del antiguo sistema, por la razon de no haber pesas ni medidas garantidas del antiguo uso. Lo comprado para la despensa debe guardarse bien acondicionado, libre de humedad y de otras causas que puedan deteriorarlo, evitando en su uso el desperdicio.

En la provision de ciertos renglones alimenticios para el consumo, debe aprovecharse el tiempo de la cosecha y de abundancia, para obtenerlos á más bajo precio, como la papa, el zapallo, la cebolla, los granos, el tomate, el ají, etc.—Con el tomate se hace salsa para el invierno, y con el ají encurtidos.

La fruta puede aprovecharse para dulces ó conservas, como el durazno y la manzana para orejones, y el higo para pasas.

Una familia ó persona hacendosa y económica, puede sacar provecho de todo esto.

En la cría de aves de corral, puede reportar muchos beneficios. Tendrá aves y huevos para el consumo, y en caso de necesidad, podrá vender los productos. El pan casero, el bizcocho, las velas y el charque, beneficiado en casa, especialmente en la campaña, representan una economía en el consumo.

ALIMENTOS

En los alimentos debe hacerse uso con preferencia en invierno de sustancias animales, y en verano de vegetales. La razon de esta preferencia, es porque en invierno tiene el estómago más fuerza para digerir los alimentos, que en verano.—

Esa preferencia, no excluye la alimentacion mixta que conviene.

En el verano los calores excesivos estimulan fuertemente la piel, distraen las fuerzas digestivas, y hace preferentes los vegetales que abundan en jugos capaces de reparar la grande eliminacion que sufre en esta época del año la economía animal.

En invierno se tiene más apetito que en verano, por cuya razon conviene alargar más el tiempo de las comidas en verano.

La carne de vaca y de carnero, es la más nutritiva y fortificante. La carne asada, se digiere con más facilidad y prontitud que la hervida, porque esta última deja en el agua todo el jugo nutritivo, y no conserva más que la fibra.

La leche y los huevos son de excelente y nutritiva alimentacion. En los alimentos vegetales, los más nutritivos son los de plantas leguminosas, como el trigo, el arroz, el maíz, el garvanzo, las habas, las papas, etc.

Es malo bañarse inmediatamente despues de comer, antes de que haya hecho la digestion. Fuera de eso, los baños son excelentes para la salud y la limpieza del cuerpo.

El ejercicio moderado conviene mucho á la salud, especialmente á las personas de vida sedentaria.

Estas son reglas que nos da la higiene.

El agua pura y limpia, es la bebida más sana y útil, que la naturaleza ha prodigado á todos los seres.

HABITACION Y MOBILIARIO

La buena vivienda, dice el adagio, ahorra médico y hacienda. En la eleccion de casa para habitar, debe procurarse que sea sana, ventilada, que le dé el sol, y que ofrezca la distribucion conveniente, segun el número de la familia, posicion y ocupaciones. Atender á estos requisitos es economía de interés y de salud.

Las casas mal sanas ó incómodas, exponen á contraer enfermedades y obligan á sufrir muchas incomodidades y frecuentes mudanzas. Los gastos y deterioros que originan las mudanzas deben evitarse; por aquello «de que tres mudanzas cuestan casi tanto como un incendio».

Los muebles deben arreglarse á las circunstancias de la familia. Nunca debe anteponerse la decoracion de la sala, á los utensilios de cocina, al servicio del comedor y á las necesidades del dormitorio.

Para conservar los muebles en buen estado, deben limpiarse siempre, usarse con cuidado para

evitar su deterioro y hacer las reparaciones necesarias. Cuesta menos barnizar un mueble que gastar en otro nuevo, ó componer una silla ó mesa, que comprar otra nueva.

Además de la limpieza diaria, debe hacerse con más detencion todas las semanas, y particularmente al principio de cada estacion del año, para disponer las habitaciones al mejor uso.

II

Agujas y alfileres

La aguja es el instrumento de trabajo de la mujer, y con dificultad habrá alguna que no lo haya usado en la vida, siquiera para un mal zurcido, ó pegar un boton, un broche, ó una cinta en el vestido.

El alfiler es el compañero para asegurar en la almohadilla la costura, para nuestros prendidos y hasta para sacarnos la espina de la rosa, del espinillo ó del cardo, si nos la hincamos en la mano.

Solemos tener la mala costumbre de ponernos alfileres en la boca, con peligro de tragarlos al menor movimiento, y sufrir luego las malas consecuencias en el estómago. Evitemos prudentes esa mala costumbre.

La invencion de las agujas y alfileres data de algunos siglos acá, y sus primeras fábricas se establecieron en Inglaterra y Francia.

Es curiosa y complicada la fabricacion de esos productos de la industria, que cuestan tan baratos, como vamos á verlo, por la descripcion que transcribimos.

Hablemos primero de las agujas.

Las agujas se fabrican de acero templado, y el primer cuidado del fabricante es asegurarse de la buena calidad del acero, que le remiten en hazes, y si es de un grueso uniforme en toda su longitud.

Para conocer si el acero es de buena calidad, se cortan algunos cabos de cada haz, se enrojecen en un hornillo, se sumergen en agua fria, y se rompen con los dedos. Los alambres que se doblan quedan desechados, y sólo se emplean aquellos cuya rotura es muy limpia.

Se aseguran de la igualdad de espesor de los alambres, colocándolos sucesivamente en ciertas muescas: si entran todos con la misma facilidad, son aceptados; en caso contrario, se devuelven á la fábrica de que proceden.

Una vez probados los alambres, se cortan en pedazos del tamaño de dos agujas, por medio de un instrumento que fija de una manera invariable la longitud para todas las agujas de la misma

clase. Un operario endereza estos alambres en número de cinco á seis mil á la vez, con la mayor facilidad; otro los adelgaza por ambos extremos para hacer dos puntas; un tercero los corta del tamaño que debe tener cada aguja, y los pasa á otro, que les achata la cabeza. Las agujas pasan en seguida á un horno para reconocerlas: despues se hace cargo de ellas un *agujerador*, que las horada por mitad con un punzon, y luego concluye otro los agujeros hechos por el precedente.

Estas dos últimas operaciones, se ejecutan por niños, con una velocidad increíble. Otro operario hace la hendidura ó media caña y otro redondea las cabezas. Se marcan con una Y las agujas más esmeradamente trabajadas; se enderezan, se remojan, se desengrasan, se recuecen, para que no sean tan quebradizas, se vuelven á enderezar las que han falseado, y se entregan al *pulimentador*.

El pulimento es la operacion más larga y costosa y dura muchos días; pero esta lentitud es debida á la inmensa cantidad de agujas que se pulimentan á la vez. Se forman paquetes, que cada uno contiene cinco mil, y una sola máquina dirigida por un solo hombre pulimenta de una vez de veinte á treinta paquetes.

Despues del pulimento, se desengrasan las agujas moviéndolas en un tonel con serrin de madera;

luego se colocan en cajas, se enjugan, y se hace el apartado de ellas en un taller muy seco. Otro obrero se encarga de ponerlas con las cabezas á un mismo lado, y separa las que están defectuosas. Otro hace dos montones, segun que el pulimento es más ó menos brillante; un tercero separa aquellas cuya punta se ha roto; un cuarto obrero endereza las que se han ladeado y un quinto las separa, segun sus longitudes.

El afirmarlas y empaquetarlas son las últimas operaciones, en las cuales se ocupan muchos obreros: uno corta cuadrados de papel; un segundo los dobla por la tercera parte; un tercero cuenta cien agujas, las pesa y toma este peso por base para dividirlas por centenas y colocarlas en el papel; un cuarto acaba de doblar los paquetes; un quinto pone en cada paquete el número de agujas y el nombre y marca del fabricante; un sexto les pone el sello de la casa; y en fin un séptimo reune de diez en diez los paquetes, para millares. Las agujas ordinarias son atadas con hilo blanco, y las llamadas inglesas con encarnado.

III

Los dos relojes

Los relojes no tienen alma. Esto es sabido; pero su timbre habla como una voz, su péndula palpita como un corazon. Desde la infancia me habitué á considerarlos como otras tantas personas.

¡Dejad oír sus gritos! le decía yo á un anciano amigo de mi casa, sobre cuyas rodillas me subía. Me acercaba al oído su grueso reloj, de aquellos que se usaban en su tiempo, de forma rancia, como una cebolla, en cuyas tapas se podría freir un huevo. Abría luego las tapas y al ver yo la misteriosa maquinita, me admiraba, sacando la lengua fuera de la boca como un *bebé*.

Ah! He vivido, he envejecido, y la experiencia me ha enseñado todo lo que palpita!

Sin embargo, conservo mi opinion acerca de los relojes, á los que doto de emociones y pensamientos. Me inspira cierto temor supersticioso, y en mi habitacion no he querido tener un péndulo, cuya voz severa me recordaría que todo acaba, y me pediría cuenta del tiempo malgastado.

Algunas veces, cuando interrumpiendo la página

empezada, me siento al lado de la estufa, dos relojes de la vecindad, cuyo sonido me es muy conocido, rompen el silencio en la soledad de la noche.

El uno es el reloj del convento de monjas; el otro pertenece á un cuartel. Ambos marcan horas bien tristes, y si tuviesen alma, deben arrastrar una existencia melancólica.

Escuchad.—Sus voces lo revelan.

El reloj del claustro lanza la nota nasal y desafinada de una vieja superiora que canta los maitines. Oh! cómo debe aburrirse ese reloj! Hace ya tiempo que está ahí, en esa fachada cubierta de ventanas enrejadas, frente á ese rectángulo de edificios trazados con la vulgar simetría de las cárceles y hospitales. ¿Qué traen esas horas de plomo? La repeticion de prácticas cansadas, el *Angelus* recitado rápidamente, el rosario enroscado en los dedos, la oracion en los labios! ¡Y cómo verá el reloj pasar, bajo los arcos del claustro, á esas pobres mujeres veladas, oculta la frente, con la vista baja, las manos ocultas, y cómo oirá subir á través de la puerta de la capilla, el débil coro de voces temblorosas, de las muertas en vida para el mundo, para los suyos, que salmodian en latin, y esperan la última hora de la existencia en el claustro, sin el consuelo de oír la voz de la

madre á quien debieron el ser, de estrechar su mano contra el corazon, de recibir su último ósculo de amor y de ternura. Oh! terrible sufrimiento, contra la ley de la naturaleza.

El reloj conoce la inmensa tristeza de esas horas monótonas y amargas, que mide la invisible rapidez de las agujas.

Escuchad el reloj del cuartel.

Su voz es ruda y breve, como la de un jefe que manda, teniendo el acento de la disciplina: Siempre que suena, provoca un redoble de tambor ó una ronca llamada de corneta, y una porcion de soldados se agita en el espacioso patio para la lista ó la marcha.

Te compadezco reloj sufrido, que sólo has marcado horas de cansancio sin trabajo, y de inaccion sin pensamiento. Debes estar aburrido de la sucesion de los ejercicios, de las revistas, de los ranchos, de las tareas de la cuadra. Desde la diana que acompaña la primera sonrisa de la aurora, hasta la retreta de la noche, tienes tiempo sobrado de conocer la insípida nostalgia del cuartel.

Así me entretengo en traducir los sentimientos de los dos relojes. Hace algunas noches, que dejándome conducir por las exageraciones de la fantasía, me preguntaba de qué viven tantas esclavitudes y tantos celibatos. Eran las doce. Los dos relojes hablaron.

El del convento me dijo: —«Benditas sean las horas que yo señalo, porque á cada una de ella responde una plegaria.»

Sí.—Pero yo tambien la elevo al Señor en cada instante de la vida, sin la esclavitud monástica, ni el rigor de sus reglas, ni el oído al reloj.

El del cuartel me dijo:—«De ordenanza son las horas que yo señalo, llamando á la accion á los defensores de la Patria».

Así hablaron los dos relojes. Y cuando sonó la última campanada de las doce, me pareció que el reloj del convento decía:—Dios!—y el del cuartel—Patria!

Nada contesté, sino que Dios vele mi sueño, y me deje sentir la hora del despertar con el día, dada por el despertador de mi velador, que no es el reloj conventual ni el cuartelario.

V

La vida real

CAPÍTULO PARA LAS SEÑORITAS

Habla María del Pilar Sinués de Marcó:

Os voy á dar un consejo de amiga, como lo son todos mis consejos, lectoras mías.

Buscad siempre lo que os favorezca, pero entre ésto, escojed tambien lo que sea menos costoso: lo que lejos de proclamar vuestra vanidad, hable en favor de vuestra modestia.

Sino podeis llevar una joya de oro, llevadla de dublé, ó sustituídla con una rosa ó con un lazo de blondas.

No todas las cosas que la moda inventa sientan bien á todas las mujeres.

Una rubia de tez blanca y lijeramente rosada, estará linda con un traje azul celeste.

Una morena, por bonita que sea, vestida de este color, parecerá no solamente morena, sino tambien de tez tostada como la de una mujer del campo.

Poned en unos cabellos negros y brillantes, cintas del encendido color del coral, y os deslumbrarán con su hermosura.

Rizad una cabellera rubia, lijeramente empolvada, y entrelazad con perlas sus rizos, y la jóven os parecerá un querubín.

Basta con que sepa conocerse, y que no se deje alucinar por su amor propio, exagerándose á sí misma sus gracias y cerrando sus ojos acerca de sus defectos, para que acierte en adornarse.

El trato del mundo contribuye asimismo á formar no sólo el gusto para vestirse, sino tambien los modales.

Este estudio de lo bello, no perjudica en nada á la mujer; y yo que la deseo amable, piadosa, buena en una palabra, creo que es tambien uno de sus deberes el parecer lo más bonita posible.

El fausto hiere, ofende, despierta la envidia, y ocasiona la crítica y la maledicencia.

La sencillez atrae las simpatías, y á veces hasta la admiracion, y ésta no da ningun fruto amargo, sino que tal vez consigue que la imiten.

VI

El mate

A todas nos gusta el mate. A chicas y grandes, dulce ó cimarron, cebado en calabaza, porito, galleta, de loza ó de palo, con pié ó sin él, con pico corto ó largo, y retorcido como los del Paraguay, con bombilla de plata, de composicion ó lata, con tal que sea de buena yerba y no de alguna mata ratones. Digo, como que es nuestro té tomado con bombilla, aunque sea servido en porongo ó en cuerno como en el campo, á falta de cosa mejor.

Desde el Paraguay, donde tuvo orígen el beneficio y uso de la yerba-mate por los Jesuitas que la hacían preparar por los indios, y luego la comer-

ciaban en zurrones por la América española, hasta el Río de la Plata, ¿quién no toma mate? ¿Qué amiga que no convida á otra á venir á casa á tomar un matesito, ó paisano en el campo á tomar un amargo, y *á asentar despues el mate*, con el chifle, segun cuenta un viejo campesino?

Siguiendo la costumbre, Manuela, una muchacha conocida, era muy matera, que siempre estaba en disposicion de tomar mate á cualquier hora, aunque fuese con los palos de la yerba nadando. Su gusto era tomarlo en un porito tan curado que tenía, que hacía riquísimo mate, con que nos obsequiaba los domingos en nuestras reuniones familiares.

Cuando andábamos en el Colegio, solía la Directora llevarnos de paseo á los sauces ó á la Quinta de las Albahacas, con buena provision de yerba, azúcar y bizcochos para tomar mate. Manuela no olvidaba su porito, y allí estaba en su elemento, para cebar y tomar mate, ganándonos á todas. Para ella era lo mismo que fuese de yerba paraguaya, que argentina ó del Brasil, de todas gustaba.

Una vez estábamos en la Quinta de las Albahacas, dándole al mate en una glorieta varias de las compañeras, mientras otras paseaban por la quinta ó iban á asediar al jardinero por ramitos

de flores á dos vintenes.—Se suscitó la conversacion sobre la mejor yerba.—Unas decian que era la Argentina, otras la Paraguaya, y otras la Brasilera marca Fontana.

En eso se nos apareció un paseante conocido, padre de una niña, un señor catalán, pero antiguo vecino de Montevideo, que nos había estado oyendo desde afuera, y á quien le ofrecimos un matesito si gustaba.

Lo aceptó de buena voluntad, cebado por Rosa, diciéndonos—«Aunque soy de Europa, me gusta mucho el mate, que dulce ó amargo, es costumbre muy antigua tomar en los países del Plata, y que no falta éste ni en el último rancho de la campaña, cuanto más entre las familias de aquí. Han de saber ustedes que cuando vine de Barcelona á este país, ni en sueños conocía el tal mate. Pero al verlo en uso en todas partes, hasta en los velorios, alternando con el pocillo de chocolate, y servido no sólo en calabasitas ó poritos como éstos, sino en grandes y lujosos mates de pié, de plata, semejantes á un caliz, caí en la tentacion de probarlo en una visita, y una pícara criada me lo sirvió tan caliente, que el primer chupo me quemó la boca, y se lo devolví más que de prisa, tratando con el pañuelo puesto en la boca, de disimular el percance.

—Eso no es extraño, don José—le dijeron Isabel y Luisa.—No es usted el único extranjero á quien ha pasado lo mismo, hasta que habituados á tomarlo, se acostumbraron á él como nosotras, gustando de nuestro té con bombilla, en sabroso mate.

—Pues no escarmenté, continuó don José, y quise repetir la prueba en otra parte, donde una morochita me lo preparó por su mano, instándome á que lo tomase, que era la costumbre del país, para que aprendiese á tomar mate, diciéndome con afable sonrisa, «que el extranjero que lo tomaba y comía zapallo no se iba más del país.»

Pues señoritas, lo tomé, agarrando y moviendo la bombilla, y lo encontré tan rico preparado con azúcar y canela, que me hice amigo del mate, prefiriéndolo al té y al café. Y aquí me tienen ustedes, convertido desde entonces en un gran *matero.*

Las muchachas sonrieron y continuaron obsequiándole con mate.

—¿Le gusta á usted la yerba?—Le preguntó Amalia.

—Sí, señorita, contestóle.—Es argentina, agregó la interlocutora.

Me agrada, respondió, pero yo uso más la paraguaya.

Pues nosotras estábamos hablando de cuál nos parecía mejor de las tres clases que se usan, si la paraguaya, la argentina ó la del Brasil.

—Pero les ha faltado otra: la Oriental.

—Es que no la tenemos del país, donde no hay yerbales.

—Cómo no!—El árbol que produce la hoja de que se beneficia la yerba-mate, lo tienen ustedes en el país, y en varios parajes de la campaña y con abundancia. Lo que falta es quién lo cultive, quién emprenda su beneficio, poniendo á provecho de la industria Nacional ese ramo de riqueza propia hasta ahora inexplotado. Pero esperen ustedes que son jóvenes, que el ferrocarril cruce los campos en todas direcciones, despertando el espíritu de empresa y colonizacion que realiza maravillas, y llegará día en que puedan ustedes tomar su rico mate de yerba Oriental, producida y beneficiada en su tierra, dejando de ser tributarias obligadas de ese ramo de industria de otras partes.

¿No es verdad que les gustaría á ustedes mucho, tomar su matesito de yerba Oriental, aun cuando su calidad fuese algo inferior á algunas de las otras?

—¡Ya lo creemos!—contestaron todas.—Pero quisiéramos saber en dónde hay esos plantíos naturales que dan la yerba, y si alguna vez se ha utilizado su producto en el país, en más ó menos porcion.

¿Podría usted decirnos algo al respecto?

—Todo lo que podré decir á ustedes sobre eso, es lo que me han referido personas antiguas del país, y lo que he leído en algunas publicaciones.

Es un plantío natural, que puede propagarse por semilla y por trasplanto.—Se encuentran árboles de yerba-mate en varios Departamentos, en la sierra del Yerbal Grande, en el arroyo Saldaña, en Olimar Chico, en la Sierra de la Lorenzita, en la cumbre de Pan de Azúcar, en la Sierra del Infiernillo, en las puntas de Tacuarembó, en las del Queguay, Dayman y Arerunguá, y en otros parajes de la campaña; ya ven si cultivando y fomentando esos plantíos espontáneos, que generalmente tienen orígen en los arroyuelos y cañadas que descienden de las cumbres de los cerros y serranías, pueden formarse yerbales que explotar de esa riqueza natural, y con su beneficio, poder saborear mucho mate de yerba Oriental.

Para abreviar, baste decir, que en la época de Artigas, los paisanos utilizaban las hojas sin beneficiar de esos árboles para tomar su mate; y que un hacendado de la costa de Olimar Chico hacía trabajar todos los años una cantidad crecida de yerba del Yerbal Grande para el consumo de su estancia; que otro, cuando no podía bajar á la Capital para surtirse de yerba, la hacía beneficiar

en gran cantidad de los árboles de su campo para todo el año, y la cual á los seis meses de ensacada adquiría un aroma exquisito y un gusto excelente. Por último, el año 61 se benefició en Tacuarembó y se mandaron muestras á la Exposicion de Paris.

—Gracias, señor, por su complacencia. Ojalá que lleguemos á tener yerba Oriental para el consumo.

Con qué gusto tomaríamos mate de ella! le dijeron las muchachas, que ya se preparaban para regresar del paseo.

Mientras el problema se resuelve, como Dios mediante, se ha resuelto el del viñedo, y gustamos el *mate* con yerba de donde nos hemos criado, alegrémonos de saber que, muchos viajeros del Rio de la Plata, han tenido el gusto de hacerlo conocer prácticamente en algunos puntos de Europa, donde lo han tomado á placer, llevando las provisiones en el viaje, y al que han hecho honor más de un hijo de Europa que por allá lo ha gustado.

El mate que tanto nos agrada, y de costumbre tan antigua y general en estas regiones, acaba de merecer un puesto de honor en Norte América.

Así como aquí se convida para *un té*, en Washington, se ha invitado para *un mate*, (*matecebotea*) en una reunion de alto tono. En ella se sirvió el rico *mate*, á la vez en calabasitas y en mates de porce-

lana, con su bombilla de plata para cada persona, como quien sirve una tasa de té con su cucharita respectiva á cada convidado. Nada de una bombilla misma para todos.—La idea fué aplaudida, el hecho mereció ser referido por la prensa, y el mate en Washington el timbre de nuestro mate.—Un antiguo marino que estuvo en el Plata fué el autor.—El hecho es reciente.—¡Viva el mate!

VII

Embolismos

VALOR DE LA PUNTUACION

SIN NINGUNA

Tres hijas que buenas son
En competencia las tres
Me piden diga cuál es
La que prefiere mi amor
Y aunque parezca rigor
Digo que amo á Soledad
No á Julia cuya bondad
Persona alguna no tiene
No aspira mi amor á Irene
Que no es poca su beldad.

Soledad la puntuó así:

Tres hijas, que buenas son,
En competencia las tres,
Me piden diga cuál es
La que prefiere mi amor.
Y aunque parezca rigor,
Digo, pues, que á Soledad;
No á Julia, cuya bondad
Persona alguna no tiene;
No aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

Aquí aparece preferida Soledad.

Julia la puntuó, sacándose ella preferida, de este modo:

Tres hijas, que buenas son,
En competencia las tres,
Me piden diga cuál es
La que prefiere mi amor.
Y aunque parezca rigor,
Digo, pues, ¿qué á Soledad?
No: á Julia, cuya bondad
Persona alguna no tiene.
No aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

Irene la puntuó resultando ser ella la preferida de la madre, en esta forma:

Tres hijas, que buenas son,
En competencia las tres,
Me piden diga cuál es
La que prefiere mi amor.
Y aunque parezca rigor,
Digo, pues, ¿qué á Soledad?
No: ¿á Julia, cuya bondad
Persona alguna no tiene?
No: aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

Se ve que cada una de las tres hijas puntuaba la décima, resultando ser la preferida. En esa confusion, rogaron á la madre que la puntuara ella, y lo hizo así:

Tres hijas, que buenas son,
En competencia las tres,
Me piden diga cuál es
La que prefiere mi amor.
Y aunque parezca rigor,
Digo, pues, ¿qué á Soledad?
No: ¿á Julia cuya bondad
Persona alguna no tiene?
No: ¿aspira mi amor á Irene?
Que! no: es poca su beldad.

De esta puntuacion resulta que á ninguna de las tres prefería la madre, porque las amaba á todas por igual.

Vean ustedes por este juguete, lo que vale la puntuacion.

VIII

La máquina de coser

CANTO

(COPIA)

Triqui, triqui, triqui, traca,
Maquinita de coser,
Ingeniosa maravilla,
Quién te ha visto, qué más ve?
Triqui, triqui, triqui, traca
Qué agitarse, qué correr;
¿Cuándo vieron las edades
Más pasmosa rapidez?

Ya la aguja perezosa,
Corre, vuela, rayo es;
Le das alas y la impulsas
Con las manos y los piés.

Triqui, triqui, triqui, traca,
Maquinita de coser,
Ingeniosa maravilla,
Quién te ha visto, qué más ve?

Ya pespunta, ya recoje,
Al derecho y al revés;
Y va y viene sin descanso
Tu travieso carretel.
Triqui, triqui, triqui, traca,
Maquinita de coser,
¿Cuándo vieron las edades
Más pasmosa rapidez?

IX

La costurera

Corre, corre, aguja mía,
Que viene ya el día;
Corre, corre, aguja mía,
Corre sin cesar.
Aguja querida
Tú que me das la vida,
Aguja querida
Tú me das el pan.

Eres precioso tesoro
Para la pobre mujer,
Pues moviéndote ligera
Ganamos nuestro sostén.
Pues moviéndote ligera
Ganamos nuestro sostén.
Sí, sí.

El trabajo es la fortuna,
El trabajo es el placer;
Él disipa nuestras penas
Y alivia en el padecer;
Vale más nuestro trabajo
Que opulenta ociosidad,
Sí, sí.

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA